

1856. — TOMO VIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Año 15. — N° 197

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10 en Paris

SUMARIO.

Arras; grabado. — **La hipocresía del vicio**. — **Revista de París**; grabado. — **La romería de Sainte-Baume**; grabados. — **Retratos del emperador Alejandro II y de la emperatriz Maria Alexandrowna**; grabados. — **Gerifalte**. — **Biarritz**; grabados. — **El arco de triunfo de Germantec en Santos**; grabado. — **Procesion secular de Fourviers**; grabado. — **Luchas de la vida**. — **La caza del cocodrilo**; grabado.

Arras.

Arras es una plaza fuerte bastante importante del departamento del Paso de Calais, á 175 kilómetros de Pa-

ris, edificada sobre la orilla derecha del Scarpe con hermosas plazas públicas y fortificaciones debidas á Vauban. Su poblacion consagrada al comercio y á la industria es de cerca de 35,000 habitantes. Arras es la antigua *Nemetacum*, capital de los Atrebatos y luego cabeza de partido del condado de Artois; fué conquistada por Julio César, devastada por los vándalos en 407 y por los normandos en 880. Restaurada á principios del siglo X, tomada y abandonada veinte veces en las guerras del siglo XI fué agregada por fin á la corona de Francia por el rey Luis XIII. — En sus cercanías se encuentran buenos paseos, frondosas alamedas y sitios deliciosos en las márgenes del rio. Nuestro dibujo representa uno de esos lugares privilegiados por la naturaleza; así fué el elegido para el gran concierto de la sociedad de orfeonistas que con el nombre de fiesta veneciana ha dejado en Arras un grato recuerdo, tanto por el talento de los concertistas como por el gusto y distincion de que dieron pruebas en el arreglo de su funcion musical que terminó con una iluminacion del mejor efecto.

J. R.

LA HIPOCRESIA DEL VICIO,

Comedia inédita en tres actos y en verso

DE

D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

(Continuacion.)

ESCENA V.

D. TORCUATO. D. MAURICIO. D. GINÉS. BENITO.

D. TORCUATO.

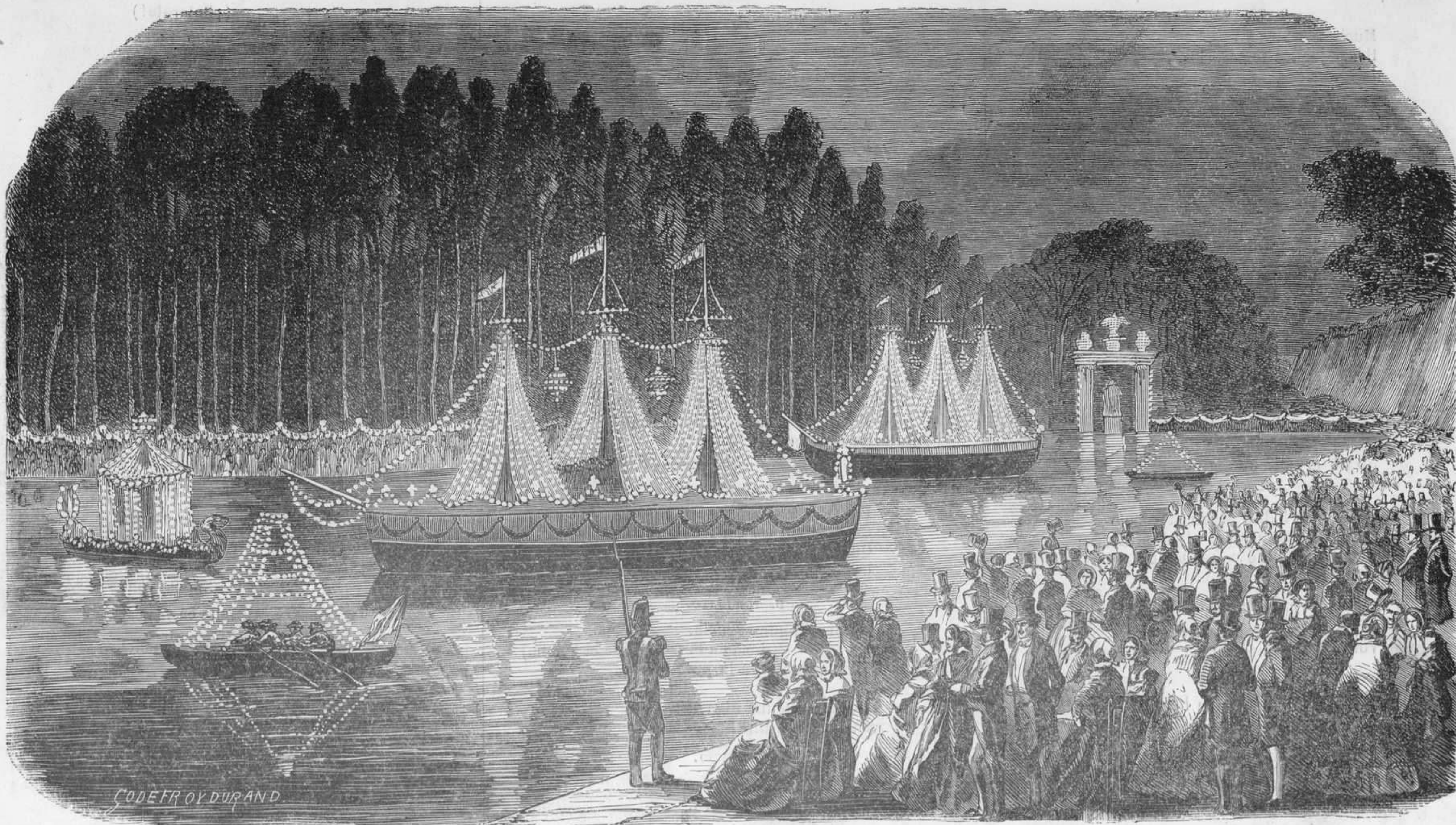
¡Habla!

BENITO.

Yo... Todo es tramoya.

Una especie de... *tableau*...

Una... Yo soy...



Fiesta veneciana dada por la sociedad de orfeonistas de Arras.

D. TORCUATO.

¡Desdichado!...

BENITO.

Mi amo...

(Aparece D. Miguel en la puerta de la quinta con un papel en la mano.)

ESCENA VI.

D. TORCUATO. D. MAURICIO. D. GINÉS. BENITO.
D. MIGUEL.

D. MIGUEL.

(¡Maldito borron

Que me ha obligado...) ¡Qué veo!

BENITO. (Viendo á su amo y levantándose.)

¡Él es! ¡Silencio por Dios!

(Huye por la arboleda de la izquierda.)

ESCENA VII.

D. TORCUATO. D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINÉS.

D. MIGUEL.

¡Huyé como un foragido!

D. GINÉS. (Con sofama.)

¡Bravo!

D. MIGUEL.

¿Eh?

D. MAURICIO.

¡Una palma!

D. GINÉS.

¡Un laurel!

D. MAURICIO.

¡Victoria por don Miguel!

D. MIGUEL.

(Aquel tuno me ha vendido.)
Caballeros...

D. MAURICIO.

¡Vaya un lance!

D. GINÉS.

¡Donoso!

D. MAURICIO.

¡Particular!

D. TORCUATO.

Y digno de figurar
En un curioso romance.

D. MIGUEL.

¡Eh! basta. Sus comentarios
Sufriré, los de usted, no.

D. TORCUATO.

Mucho sentiria yo
Hacer juicios temerarios.

D. MIGUEL.

Si por capricho ó por chanza,
A dos íntimos amigos
He querido hacer testigos
De una supuesta venganza,
Corazon me sobra y hiel
Y brazo y rostró sereno
Pará hacer con usted bueno
Lo que fingí con aquel.
Tomé usted pues su recibo,

(Lo guarda D. Torcuato, y D. Miguel toma la pistola que dejó Benito.)

Y ¡vamos!

D. TORCUATO.

¡Hombre de Dios!...

Yo...

D. MIGUEL.

¡Presto! Uno de los dos
No ha de salir de aquí vivo.

D. TORCUATO.

¡Qué! ¿no habrá algun protocolo
Que nos componga... algun medio...?
Que á mí no me causá tedio
La vida.

D. MIGUEL.

Uno hay; uno solo.
Volverme la miniatura...

D. TORCUATO.

¿La de la rifa? ¡Es tan bella!..

D. MIGUEL.

Y pídamé usted por ella
Cuanto quisieré.

D. TORCUATO.

¡Locura!

(Con la mano sobre el corazon.)

Aquí está.

D. MIGUEL.

¿Cómo...

D. TORCUATO.

Si tal;

Duplicada.

D. MIGUEL.

¿Quién creyera...

D. TORCUATO.

Sí, la imágen por de fuera,
Y dentro el original.

D. MIGUEL.

¿Usted la ama?

D. TORCUATO.

¡Oh! la idolatro.

D. MIGUEL.

¿Tambien mi rival? ¡Oh cielos!...
Mi furia inflaman los celos.

D. MAURICIO. (Aparte con D. Ginés.)

¿Habrá aquí tambien... teatro?

D. MIGUEL.

Matémonos...

D. TORCUATO.

¡Qué diablura!

Mire usted...

D. MIGUEL.

No miro nada.

D. TORCUATO.

¿Armas?

D. MIGUEL.

Esa está cargada.
Y esta tambien.

D. TORCUATO.

¡Criatura!...

¿Ha tirado usted al blanco
Alguna vez?

D. MIGUEL.

No, señor;

Pero...

D. TORCUATO.

Yo soy tirador:
Se lo advierto á usted.

D. GINÉS.

Es franco.

D. TORCUATO.

El partido no es igual.
Nadie autorizar querria
Semejante alevosía.

D. MAURICIO.

De ningun modo.

D. GINÉS.

No tal.

D. MIGUEL.

A tres pasos, á uno quiero
Dar ó recibir la muerte.

D. TORCUATO.

Pero...

D. MIGUEL.

Decida la suerte
Quién ha de tirar primero.

D. TORCUATO.

Tan ciega y feroz venganza
Nuestro siglo no consiente,
Y solo es buen expediente
Para los duelos de chanza.
Yo sé que el tiro no yerro,
Y matar no quiero á un loco;
Pero no quiero tampoco
Que me maten como á un perro.

D. MIGUEL.

Pues bien, consiento en batirme
Como usted guste, y espero
Que aquel será mas certero
Cuyo pulso esté mas firme.

D. TORCUATO.

Al mio ninguno iguala.
(Mirando á la fachada de la quinta.)
Un cuadrante en la pared...

(A D. Mauricio.)

La hora que me diga usted
Marearé con una bala.

D. MAURICIO.

¡Sopla!

D. TORCUATO.

Diga usted.

D. GINÉS.

Me admiro...

D. MAURICIO.

Sea pues... la una.

D. TORCUATO.

Apunto.

(Aparece Inés por la puerta de la quinta con el vestido que se probó en el acto primero.)

INÉS.

(Voy...)

(Dispara D. Torcuato y queda taladrado el número 1 del cuadrante.)
¡Cielos!

(Da algunos pasos hasta caer desmayada en el banco mas inmediato.)

D. MAURICIO.

¡La una en punto!

INÉS.

¡Socorro!

TODOS.

¡Una dama!

(Acuden á sostener á Inés.)

BENITO. (Apareciendo por entre los árboles.)

¡Un tifo!

ESCENA VIII.

INÉS. D. TORCUATO. D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINÉS.
BENITO.

D. MIGUEL.

(¡Es Inés!)

D. TORCUATO.

¡Agua!...

D. GINÉS.

¿Está herida?

D. MAURICIO.

No. El tiro dió en el cuadrante.

BENITO. (Adelantándose un poco.)

(Una mujer... No distingo...)

Será... ¡Oh Dios!...

D. MAURICIO. (Tomando el abanico, que dejó caer Inés al desmayarse.)

La harémos aire.

(Abanicándola.)

¡Señora!...

D. GINÉS.

¿Es la colegiala?

D. MIGUEL.

(¡Mal haya...) Sí.

D. TORCUATO.

(¡Botarate!)

D. MAURICIO.

¡Es deliciosa!

D. GINÉS.

¡Divina!

BENITO. (Acercándose mas.)

(Tiemblo... ¡Ella es!)

(Dando un grito y acercándose al banco.)

¡Virgen del Cármen!

D. MIGUEL.

¿Quién llega... (¡Benito!)

BENITO.

¡Inés!

¡Bien mio!

D. MIGUEL.

(¡Eh! ya ha dado al traste

Con todo.)

D. MAURICIO. (Con malicia.)

¿Inés?

BENITO.

¡Dulce esposa!

D. GINÉS. (Soltando la carcajada y tambien D. Mauricio.)

¡Su esposa!

(Llega un eriado con agua.)

D. MIGUEL. (A Benito en voz baja.)

¡Traidor! ¡Tunante...

BENITO.

¡Señor! ver esto y callar,
No lo hace un caribe, un cafre. —
¿Quién te ha muerto, prenda amada?
¡Corderita mia!...

D. MIGUEL.

¡Apártate!

No está herida.

INÉS.

¡Ay!...

D. TORCUATO.
Ya respira.
(Toma un vaso de los que ha traído el criado, da de beber á Inés, lo vuelve á la bandeja, y el criado, despedido por una seña, se retira.)
¡Venga...
D. MIGUEL. (Aparte á Benito, dándole un empujón.)
¡Me has perdido, infame!
INÉS. (Incorporándose.)
¿Dónde estoy...
BENITO. (Entre temeroso y enternecido.)
¡Inés!
INÉS. (Sin reflexionar.)
¡Benito!...
(¡Ah! don Miguel... ¡Qué percalce!
Recobrémonos...)
(Levantándose.)
Señores...
Gracias por tantas bondades.
Aquella explosión... Los nervios...
Soy delicada, soy frágil...
Mas ya estoy restablecida.
(Mirando á D. Miguel.)
(¡Hum, qué cara de vinagre!)
D. GINÉS.
Mucho celebros, Inésita...
D. MAURICIO.
¿Inésita? ¡Disparate!
Esta es la linda Adelaida...
D. GINÉS.
Sí; la de Uclés.
D. MIGUEL.
(¡Y no se abre
La tierra...)
D. MAURICIO.
La hija adoptiva
De San Francisco de Sales.
D. GINÉS.
Transportada entre los brazos
De otro Tenorio á este valle
De pecados y miserias.
INÉS.
¡Caballeros!...
D. MAURICIO.
Y ¿quién sabe
Si de otro comendador
Insultó la fría imagen,
Y en nuevo festín horrible
Como el de márras...
D. MIGUEL.
Dejadme
En paz.
D. MAURICIO.
Sonará otro coro
De réprobos que le cante:
« ¡No hay plazo que no se cumpla
Ni deuda que no se pague! »
D. MIGUEL.
Os he burlado. Esta niña...
INÉS.
No concluya usted la frase.
Yo explicaré la charada,
Si estos leones con fraque
Me lo permiten. — Señores,
Don Miguelito es el diantre.
D. MIGUEL.
(¿Qué dirá?)
INÉS.
Por un momento
Ha querido chancarse
Con ustedes; pero el chasco
No es á fé mía tan grave
Como ustedes lo imaginan,
Pues su objeto es prepararles
Por éste inocente medio
Una sorpresa agradable.
D. GINÉS.
¿Cómo...
BENITO.
(¡Qué dice!)
D. MIGUEL.
(¿Qué intenta...)
INÉS.
No está bien que yo me alabe,
Pero creo que esta cara
No es del todo despreciable.
D. GINÉS.
¿Qué ha de ser? ¡Hum...

BENITO.
(¡Coquetuella...
Me están temblando las carnes.)
INÉS.
El nombre no hace á la cara;
¿Verdad? ni el hábito al fraile.
D. MAURICIO.
Ella en efecto es muy bella,
Y que Adelaida se llame
O Inés, ¿qué importa?
BENITO.
Es que yo...
D. MIGUEL.
¡Cállate tú!
D. GINÉS.
Por mi parte,
La hubiera aceptado á usted
Sin vacilar un instante
Para reina del banquete.
INÉS.
Gracias.
BENITO.
(¡Cómo se relame!)
D. MAURICIO.
Y yo también.
INÉS.
Muchas gracias.
Son ustedes muy galantes.
D. MAURICIO.
Y usted ¿no aprueba...
D. TORCUATO.
Reservo
Mi voto. Yo no soy nadie
Aquí. El señor don Miguel
No ha querido convidarme...
D. MIGUEL. (Entre dientes.)
¡Con rejalgas!
D. TORCUATO.
¡Fiero gesto
Me pone! Espero, no obstante,
Que hemos de ser muy amigos.
D. MIGUEL.
¡Hum... Jamás.
INÉS.
Ustedes me hacen
Un honor que no merezco;
Pero tiene mas quilates
El gusto de don Miguel.
¿Qué es entre oscuros celajes
Tibia luna comparada
Con el astro rutilante
Que da fragancia á las flores
Y regocijo á las aves?
Precursora soy de un ídolo
Mas digno de sus altares.
D. MIGUEL. (En voz baja.)
¡Qué dices! ¿De dónde ó cómo...
INÉS.
Otra, que no yo, es el ángel
De este paraíso. Yo,
Tosca piedra en rico engaste:
Que á brazo partido riñen
Mi condición y mi traje,
Pues soy portera de oficio
Y señorita de lance;
Resignada con mi suerte
Y contenta con mi clase,
Desciendo del alto trono
A que quisieron alzarme,
(Tomando del brazo á Benito.)
Y á mi cochitril me vuelvo
Con este mochuelo al márgen.
BENITO.
¡Cara Inés!... Pero el apodo...
INÉS. (En voz baja.)
Peor le mereces, bergante.
(En alta voz y soltando el brazo de Benito.)
Venid pues, señora mía.
¿Cómo amaneció tan tarde
La aurora?
(Se sienta á abrir la puerta del pabellón.)
Mas ya sus dedos
De rosas y nárdos abren
El camarín oriental...
(Sale Felisa del pabellón, vestida con riqueza y elegancia y cubierta con un velo blanco: majestuosamente se dirige al centro del tablado, quedando á su derecha D. Torcuato, y á su izquierda D. Miguel.)
D. GINÉS.
¡Otra!

D. MAURICIO.
¿Quién...
D. MIGUEL.
(Cómo...)
INÉS.
¡Ella es! ¡Salve!
(Se concluirá.)

Revista de Paris.

Paris va tomando de dia en dia ese aspecto particular que caracteriza la entrada del invierno. Las vacaciones se concluyeron ya, los campos se entristecen con las primeras nieblas del otoño, y sus moradores veraniegos se disponen á emprender el camino de la capital donde les esperan en los meses próximos otras diversiones, otros placeres. En una palabra, Paris recobra su vida ordinaria que se suspende á la entrada del verano y se interrumpe casi por completo en agosto y setiembre. Ya los espectáculos al aire libre acaban su misión; los teatrillos, los bailes, los circos del estío se trasladan á toda prisa á sus cuarteles de invierno. Los teatros anuncian grandes cosas: la Opera mientras cumple su promesa Meyerbeer y entrega al fin su nueva partitura, va á poner en escena « Il Trovatore » de Verdi, traducido al francés y aumentado por su autor con esos intermedios de baile que son de rigor en las óperas que se ejecutan en este teatro, que lo requiera ó no lo requiera su argumento. Verdi se hallaba disponiendo su viaje para Venecia donde iba á dirigir las representaciones de su última obra que debe estrenarse en la Fenicia, cuando el director de la Academia Imperial de Música se presentó á hacerle sus proposiciones para la adquisicion de « Il Trovatore, » y el compositor aceptó los convenios y suspendió su marcha hasta que haya escrito la música de los bailes y dirigido los ensayos. Parece que esta ruidosa produccion de Verdi se pondrá en escena con un lujo inusitado; dícese que se ha destinado la suma de 60,000 francos para decoraciones y trajes. Y es de advertir que esto no impedirá, según creemos, que « Il Trovatore » se cante igualmente en los Italianos, de modo que en dos idiomas distintos y con intérpretes de alto mérito en ambas escenas líricas, el público de Paris podrá admirar las peripecias del drama de Garcia Gutierrez, que ha resucitado del injusto olvido en que yacía y corre hoy el mundo, gracias á la nueva vida que le infundió la música de Verdi, hoy la mas famosa de todas las músicas. Los teatros de verso preparan tambien obras nuevas de autores conocidos y apreciados del público como Alejandro Dumas, Scribe, etc.; ya daremos cuenta á nuestros lectores de las novedades mas notables que se produzcan.

Mas de una vez hemos tenido ocasion de señalar en nuestras revistas el gusto particular que se ha desarrollado en nuestro siglo por las antigüedades en muebles y otra porcion de objetos que yacen diseminados entre el polvo hasta en las aldeas mas miserables, y que un descubridor inteligente compra por poco dinero para especular despues con los amantes de tales curiosidades mas ó menos artísticas. Regularmente los que poseen tales objetos desconocen su valor y suelen dar por una frusleria obras maestras de escultura en madera que valen muchos miles. Los periódicos cuentan un lance de esta especie que por desgracia ha tenido un desenlace trágico: he aquí sus pormenores.

Un posadero llamado Guillermo H... que tiene á pocas leguas de Paris un establecimiento conocido con el nombre del « Gran Monarca, » se habia casado en primeras nupcias con una mujer que habia heredado de un anciano á quien habia servido durante mucho tiempo, cierta cantidad de dinero y algunos muebles antiguos, entre ellos un aparador de encina guarnecido de platos y fuentes de barro esmaltado, así como tambien una especie de cofre de madera negra con la forma de un templo griego, adornado por dentro con espejos y mosaicos.

Como el anciano habia mostrado siempre una predileccion muy señalada por esos objetos, la mujer del fondista habria creído faltar á la memoria de su antiguo amo si no los hubiese mirado con igual respeto. Por ese motivo los tenia en su cuarto y los limpiaba cuidadosamente todos los dias. Pero la pobre mujer vino á morir, y habiendo contraído Guillermo segundo matrimonio, su nueva esposa no quiso sufrir en su aposento aquellas antiguallas que hubieron de arrinconarse en un desvan, mientras los platos esmaltados servian para los usos diarios de la casa.

Hace algun tiempo un viajero que habia entrado á comer en el Gran Monarca, ve uno de los platos en cuestion que por casualidad sacaron á su mesa, le examina atentamente, pregunta al posadero donde ha podido hacer su adquisicion, y Guillermo le cuenta la historia de la herencia de su difunta y le enseña los muebles.

— ¿Quiere Vd. venderlos? pregunta el viajero que conocia perfectamente su valor.

— Sin duda alguna, responde Guillermo.
— Pues entonces los sacará Vd. de este desvan donde se estropean; yo tengo que hacer un viaje al Norte que durará algunas semanas y los compraré á mi regreso.

Pocos dias despues un joyero ambulante que entró en la posada del Gran Monarca vió el aparador y el cofre que estaban limpiando del polvo que los cubria.

— Señora ama, exclamó dirigiéndose á la posadera; ¿para que le sirven á Vd. estos trastos viejos?

— Para nada; me sirven de estorbo.

— Pues si me los quiere Vd. vender me los llevo inmediatamente.

— Sí, pero es el caso, responde la posadera, que no hace mucho ha pasado por aquí un viajero, y ha quedado con mi marido en que los compraría á su vuelta.

— ¿Y cuánto da por ellos?

— De precio no se ha hablado nada todavía.

— Vaya, vaya, no los comprará tan caros como yo, y luego á saber si volverá Vd. á verle.

— ¿Y cuánto daría Vd.? preguntó con mucha curiosidad la mujer de Guillermo.

— Mire Vd., por todos esos chismes inútiles la doy á Vd. un reloj de señora todo de oro.

Y al decir esto enseñaba un reloj á la posadera, pero un reloj tan pequeño, tan reluciente, tan bonito, que aquella pensó que el joyero se burlaba; sin embargo, cuando vió que el negocio iba de veras se apresuró á guardar el reloj temiendo que se arrepintiera el mercader, y aquel mismo día este sacaba de la fonda en un carrito el aparador, el cofrecillo en forma de templo griego y los platos esmaltados.

Hace cuatro días el primer viajero llega de nuevo á la posada y apenas entra en ella cuando dice que quiere cerrar su trato.

— Caballero, es tarde ya, contesta Guillermo.

— ¿Cómo pues?

— Mi mujer ha encontrado una ocasión magnífica para deshacerse de los muebles, y ya debe Vd. conocer que no era cosa de dejarla escapar; todo está vendido.

— ¿Y por cuánto? pregunta con zozobra el forastero.

— Verá Vd.

Y el posadero corre á buscar el reloj, le trae y se le enseña.

— ¡Oh! exclama al punto el desconocido, le han robado á Vd. indignamente.

— ¿Pues qué este bonito reloj no vale mas que aquel armario y aquella casita de muñecas que se llevó el joyero?

— Lo que Vd. llama una casita de muñecas es un cofrecillo de guardar alhajas del tiempo de Enrique II, que así como el aparador es debido á uno de los ebanistas mas famosos de aquel tiempo; en cuanto á los platos son tambien de la misma época, esto es, de hace tres siglos, y los hizo un artista que para encontrar el secreto del esmalte que los cubre hubo de sacrificar todo cuanto poseia, todo, hasta sus muebles que arrojó en el horno á falta de otra leña; ese hombre, una de las glorias de la Francia, se llama Bernardo Palissy.

— Muy bien, muy bien, dijo sonriendo el posadero á quien interesaba poco aquella erudición; pero ¿cuánto me habria Vd. dado por las tales alhajas?

— Como no pensaba aprovecharme de su ignorancia de Vd., le habria ofrecido hasta mil pesos.

— ¡Mil pesos! exclamó Guillermo cambiando de color; ¡oh, infeliz de mí!

Y salió tirándose de la cabellera.

A la mañana siguiente, un criado de la posada del Gran Monarca sacando agua del pozo subió el cadáver del pobre Guillermo á quien nadie habia vuelto á ver despues de la explicacion que tuvo con el desconocido. ¡Singular manera de reparar un yerro!

Un especulador de baja esfera figuraba el juéves último en los bancos de la policía correccional, acusado de haber fabricado y querido dar á luz un documento absurdo, para salir de su miseria. Hé aquí este curioso documento:

« AVISO IMPORTANTE. — Un jóven noble francés de 20 años de edad, descendiente de una familia ilustre y de la nobleza mas antigua de Francia, de una presencia agradable,

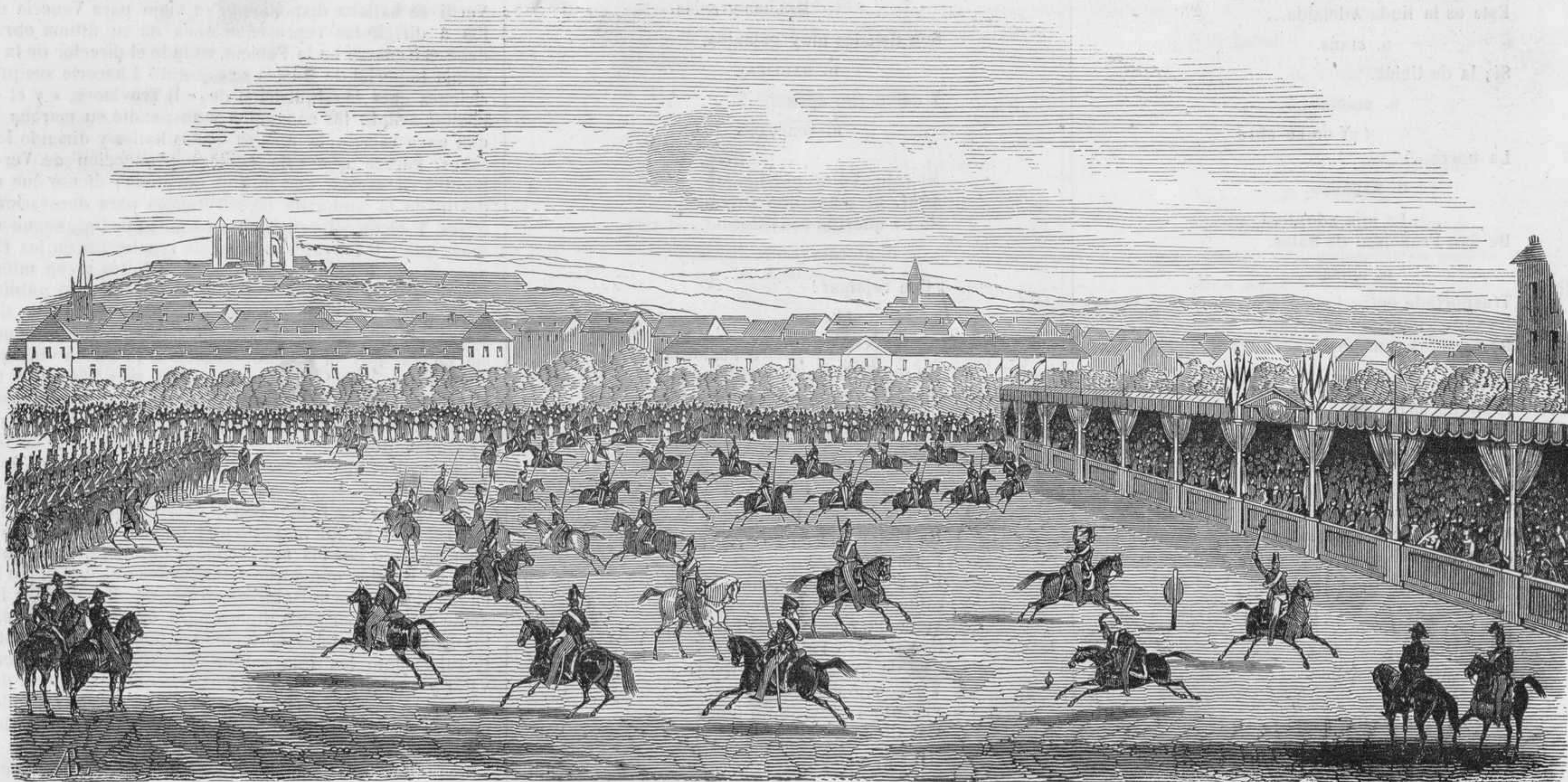
de la mejor salud y de una conducta intachable, pero desprovisto de toda fortuna y poseedor de un nombre preclaro ilustrado con el título de baron, desea casarse. Para realizar esta idea de un modo acertado, ha resuelto ofrecerse al bello sexo mediante una rifa compuesta de quinientos billetes á mil francos cada uno bajo las siguientes condiciones:

» Artículo 1º. Las señoritas que aspiren á este himeneo declararán carecer de defectos físicos y no pasar de veinticinco años.

» Artículo 2º. Con el fin indicado enviarán á la redaccion de este diario una enumeracion de las ventajas que ofrecen en matrimonio. »

El documento no llegó á imprimirse en los periódicos de Paris, porque en las dos ó tres redacciones adonde fué con su anuncio el especulador se negaron á publicarle; su autor declaró que no es de su invencion sino una copia de un periódico inglés, y el jurado le absolvió de toda culpa.

Cuatro palabras sobre las maniobras y fiesta militar de Saumur. — La escuela de Saumur acaba de dar una fiesta en honor del mariscal Canrobert que asistió á ella con un brillante estado mayor. Por la mañana el mariscal visitó los edificios de la Escuela, los cuarteles, cuadras, picaderos, etc. A las tres, hora en que debian principiarse las maniobras, los curiosos llenaban ya el Campo de Marte donde se habian elevado espaciosas tribunas. Los tambores y las trompetas anunciaron la llegada del mariscal, y al punto se presentó un peloton de oficiales montados en los magníficos caballos del picadero, y brillantemente uniformados, que ejecutaron con suma destreza todos los ejercicios de la equitacion. En aquel momento dos cornetas aparecieron á los extremos del campo, y á su señal entraron dos escuadrones, uno de lan-



Fiesta militar de Saumur.

ceros y otro de cazadores, que se formaron en batalla y ejecutaron diferentes maniobras y varias cargas con una precision que nada dejó que desear. Enseguida se retiraron, y los oficiales que habian descansado ya se pusieron en movimiento y principiaron los juegos y ejercicios á caballo.

Estos juegos se reducen á una especie de baile en que los caballos reemplazan á los bailarines. Las figuras se ejecutan al sonido de los instrumentos y con cierta cadencia. Los ginetes se dividen en dos pelotones y comienzan por los ejercicios de lanza al paso, al trote y al galope. Luego se ejecutan otros movimientos de armas como los que se usaban en los antiguos torneos, concluyendo con la carrera de la sortija. Los oficiales de Saumur lo ejecutaron todo con un aplomo y una seguridad que mereció los elogios del mariscal y de la masa de los espectadores. Despues de los juegos hubo una pelea en torno del estandarte; es una escena que se ve á menudo en la guerra despues de las cargas de caballería. Por último, todas las tropas reunidas hicieron algunas maniobras de guerra, y enseguida tuvo lugar el desfile, sin que en el simulacro hubiera que deplorar desgracia alguna. El mariscal Canrobert quedó altamente complacido.

MARIANO URRABIETA.

La romería de Sainte-Baume, en setiembre.

Cuenta una tradicion que despues de la muerte de Jesus, Lázaro, María, Magdalena y Marta entraron en una barquilla huyendo de los lugares que vieron la agonía del Salvador del género humano. Largo tiempo combatida por las ondas la barquilla milagrosa, se halló por

fin en una orilla amiga. El Ródano en su embocadura describe los recodos mas caprichosos; como el Nilo quiso tener su Delta y ensanchando con sus aluviones un promontorio que se adelantaba en medio de sus aguas, creó la Camargue. En el tiempo á que nos referimos, esa lengua de tierra no habia recibido todavía el nombre que tomó despues de un campamento de Mario (*Campum Marii Ager*); los geógrafos no nos dicen como la designaban. A la extremidad de esta punta llegó la santa caravana. La aldea ó mas bien las chozas de pescadores que se elevaban en ese sitio se llaman hoy las *Santas-Marias*.

Allí se separaron los viajeros. María dejó la tierra por los cielos; Lázaro tomó el camino de Marsella donde hizo cesar una epidemia espantosa que diezaba á los marseleses; Marta se dirigió hácia Tarascon que libertó de ese monstruo llamado la *Tarasca* que todos los años salia de las aguas del Ródano y arrebatava las jóvenes mas lindas del país, y Magdalena hallando los pantanos y las soledades de la Camargue demasiado buenos aun para la penitencia, recorrió las montañas vecinas buscando un sitio bastante árido, una gruta bastante honda para sepultar allí el secreto de sus errores pasados y de su expiacion presente.

Una cordillera de montañas cubiertas de monte separa el departamento de las Bocas del Ródano del del Var. Sobre una de las cumbres mas altas cerca de un torrente, en medio de un bosque de abetos, la santa halló una gruta oscura y profunda, retiro abandonado hasta de las fieras, que eligió para acabar sus dias en las lágrimas y la desesperacion. Hoy esa gruta santificada por el arrepentimiento es con el nombre de *Sainte-Baume* un lugar de romería á que acude toda la Provenza.

En el mes de setiembre tiene lugar esa famosa romería. De Arles, de Aix, de Marsella, de Tolon y de todos

los pueblos intermedios salen numerosas caravanas que se dirigen hasta la tumba de Magdalena. La mas crecida parte del sitio mismo donde desembarcó la santa, de la Camargue.

Ese país fértil y mal sano puede dar una idea de las Lagunas Pontinas: allí se ven los mismos pastores devorados por la fiebre, las mismas ocupaciones campesinas, la misma fé. La vida se pasa luchando con los toros, domando potros y rezando á la Virgen Santísima. La Camargue tiene por madona á santa Magdalena.

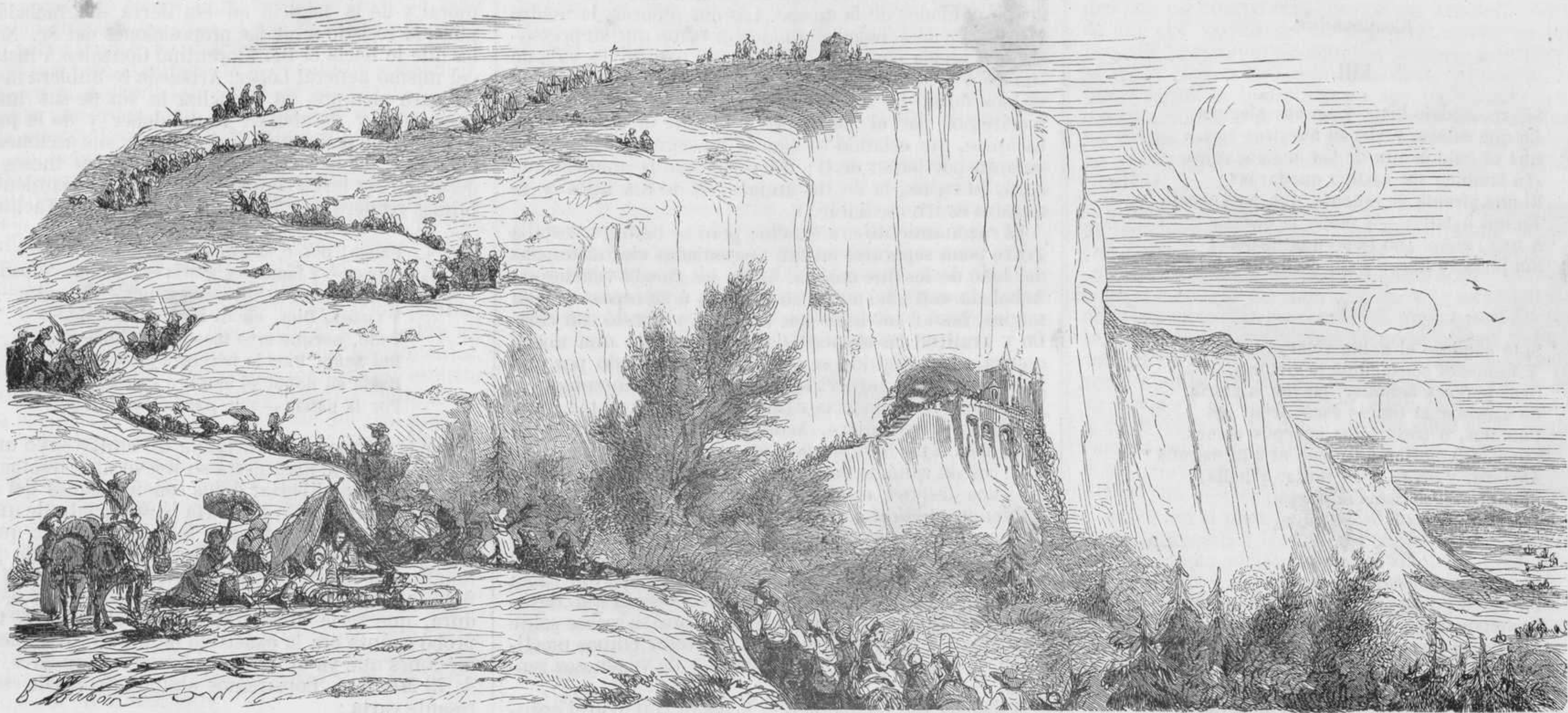
El hombre en ese país temible no se construye mas que una morada provisional. Cuando llega la época de la cosecha, muchas cuadrillas de segadores se esparcen por el campo; caen las espigas, se amontonan las mieses, todo el mundo lucha en actividad, pues se quiere concluir ántes que la *malaria* haya formado sus corrientes febriles en la atmósfera. Cuando se van los segadores quedan las espigaderas, que alzan sus tiendas en medio de los surcos vacíos, donde rebuscan la espiga olvidada. A menudo las calenturas se las llevan en medio de esa ingrata tarea, y entónces sus compañeras, las demás proletarias de los campos arrojan sobre su tumba unas flores que parecen como ellas minadas por la fiebre. Cada verano la muerte arrebatava un crecido número de esas pobres espigadoras.

Despues de segados los campos vienen las grandes *marcaduras* de los bueyes. Los profundos pantanos, esas interminables llanuras cubiertas de yerbas que son como las Pampas de la Francia, sirven de asilo á una porcion de bueyes y potros salvajes. Sin embargo, es preciso ponerles la marca de su dueño ó apoderarse de ellos para venderlos. Entónces los gauchos del país se reúnen armados de un lazo y de una lanza muy larga, y montados en caballos vigorosos comienzan la persecucion de los animales rebeldes; arrojan su lazo á los

cuernos del toro y á las piernas del caballo y le arrastran así hasta un sitio apartado donde un hombre con un hierro caliente graba en su piel la marca de la servidumbre. A toda la juventud le gusta tomar parte en esas expediciones que tienen su peligro y su gloria. Las mas importantes tienen lugar en setiembre cuando sale

la gran caravana para Sainte-Baume; despues la fiebre y la inundacion reinan pacificamente en la Camargue. Hace algunos años un convento de trapenses situado á la misma falda de la montaña daba asilo á un gran número de devotos; en el dia todos tienen que acamparse en la llanura. Pero en este campamento no se con-

funden las gentes; este campo pertenece á los de Marsella, el otro á los de Arles, el de mas allá á los de Aix. Cada nacion vigila para que la noche se pase sin ninguna sorpresa. Al rayar el alba se forman las procesiones que suben con los estandartes desplegados la cuesta escarpada que conduce á la gruta; los ecos del antiguo



La romería de Sainte-Baume.

bosque repiten los cánticos sagrados y el sol que se desliza por entre las hojas de los arboles hace resplandecer las cruces; así llegan delante de la gruta, y como esta es muy pequeña para tan crecido número de fieles, un sacerdote dice la misa en un altar que disponen en el centro de una vasta pradera; el ruido del torrente vecino y el murmullo de las brisas en las hojas acompañan el oficio divino. Despues de la misa todos quieren entrar en la gruta para rezar al pié de la estatua de la penitente. El marino, el pastor, el hacendado, las madres, los enfermos, las viudas, los huérfanos, llenan de ofrendas el interior de la capilla. Los mas devotos suben de estacion en estacion hasta lo alto de la montaña llamada el *Saint-Pilon*, donde hay un oratorio dedicado á la Santa



Gruta de la Sainte-Baume.

Virgen que tiene la reputacion de hacer llegar mas directamente las oraciones al cielo. Despues de la misa la romería se convierte en una fiesta. Se baila, se canta y se come con la alegría que preside á estas reuniones tradicionales que son las mismas en todos los países.

Un tenor errante entona los villancicos de San José, y este santo bendito se halla separado por cuatro tablas del coloso del Norte que hace allí sus eternas proezas, á la vista de un público maravillado; en una palabra, jamás lo sagrado y lo profano pueden presentar como aquí una mezcla mas audaz y mas incoherente; pero los devotos peregrinos, una vez que llenaron sus deberes religiosos, se entregan sin ningun escrúpulo de conciencia á los juegos y diversiones inocentes, propios de estas fiestas campestres. H. R.



Marcadura de bueyes en la Camargue.

Hombres ilustres DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA.

JULIO ARBOLEDA.

(Continuación).

LIII.

Sí, recuérdalo bien, y no nos niegues
Lo que oímos, y vieron nuestros ojos...
Oh! tú baldon aun de los mismos rojos,
¿Tú también sin castigo quedarás?
El que afronta al valiente, que ha vencido
En mil batallas — y matar le ordena
A una ¡mujer! ¿no tiene una cadena?
Sin jaula, y libre, y sin castigo estás!

LIV.

Si te obedece el noble veterano,
Y hubieses conseguido tu victoria,
Grande fuera tu honor, mayor tu gloria,
De asesinar al tímido escuadron.
Uno, dos, ó trescientos cuerpos ménos,
¿Qué le importan á tu amo ni á tu estrella?
Anciana, y joven, y virtuosa, y bella,
Siempre solemnizaban tu funcion!

LV.

La mirada inocente, la mejilla
De nieve y rosas, que el valor respeta,
Embotan sable, y lanza, y bayoneta,
Apagan el mortífero fusil:
La muerte misma se rebela, y teme,
Ante aquella legion célica y pura:
Solo en tí cabe, oh juez! esa alma dura,
Que te hace tan valientemente vil.

LVI.

Oh impasible! oh imparcial! oh denodado!
En cuyas manos baila la justicia,
Siempre hostil al honor, siempre propicia
Al crimen, ó al que crimen puede ser!
Eres un Escipion, un Fabio, un Bruto!
Eres capaz, con treinta batallones,
Y cien mil bayonetas y cañones,
De arcabucear, temblando... á una mujer!

LVII.

Oh juez! oh juez! electo con tu voto,
Para manchar de la justicia el ara,
Aquí escribo tu nombre en letra clara,
Y si mis versos viven, vivirás.
Doctor Miguel Valencia — ese es tu nombre.
Deja, Miguel Valencia, que te llame,
Y el futuro maldiga al juez infame, (1)
Que quiso ser verdugo — y nada más.

Salon de presos condenados, en la cárcel de Popayan, á
7 de marzo de 1851.

En aquellos tiempos caliginosos que corrieron para la Nueva Granada, en que los vándalos rasgaron y mancharon el purísimo candal de esa virgen de los Andes, los sucesos del día siguiente hacían olvidar los de la víspera: el crimen iba en progresión ascendente. Enfurecidos los comunistas al ver que Arboleda había sido encarcelado bajo fianza, con motivo de hallarse gravemente enfermo; y mas enfurecidos aun al verlo ir en silla de manos ante un jurado, á defender á uno de sus amigos injustamente perseguido, y para el cual consiguieron la absolución: se resolvieron á adoptar los medios mas reprobados para hacer salir de la escena á tan poderoso actor. En consecuencia tramaron el asesinato del hombre que les hacia frente.

Fué convenido entre los bandidos, que en alta noche atacarían á mano armada la casa de Arboleda. Algunos amigos de este, á cuya cabeza estaba el honrado y valiente Luna, sabedores de lo que pasaba, tomaron la noble resolución de ir á defender la vida del ilustre perseguido; marcharon, pues, á casa de Arboleda, y fueron decididos á vender caras sus vidas. El ataque se verificó, pero sin fruto, pues no pudieron penetrar en la casa, que estaba defendida como un castillo. En cambio, los bandidos se divertían en mutilar á los pobres conservadores que encontraban por las calles, y luego manchaban de sangre las paredes de la casa sitiada.

Iban ya nueve noches de ataques, cuando los comunistas, cansados de tanta resistencia, resolvieron de cualquier modo destruir á todos cuantos se hallaban en la casa. Uno de los sitiadores era un antiguo discípulo de Luna, por quien conservaba mucho afecto; sabedor de cuanto se tenía maquinado, tembló por su antiguo director, y con mil artificios logró llegar á él y advertirle del riesgo que corría, suplicándole abandonase un puesto en el cual iba sin remedio á perecer. — Luna le contestó con dignidad: — « aquí somos pocos, pero buenos — nuestra sangre no correrá sola; hagan Vds. lo

(1) Hemos omitido las interesantes notas de que está seguido este poema, por no extendernos demasiado.

que quieran. Yo no dejo á mis amigos ni en la mesa, ni en los peligros, cuando he empezado una fiesta con ellos. » Un nuevo ataque se verificó, pero apesar de la violencia y tenacidad de los sitiadores, sus esfuerzos volvieron á ser inútiles.

Algunos de los amigos de Arboleda empezaban á vacilar; los riesgos se aumentaban cada día; las fuerzas les faltaban ya, á consecuencia de las constantes luchas y de los cuidados de la noche. Las dos señoras, la madre y la esposa de Arboleda, creían con razon que su presencia solo servia para poner en mayor peligro la vida de sus hijos y la de ellas: — « Escápate, le decían, porque ya nos faltan las fuerzas: si no morimos por el hierro, moriremos por el sobresalto y la falta de descanso. — Escápate, que estando tú sano y en seguridad, nos respetarán por temor de tí; mientras que permaneciendo aquí, tu ruina, la de tus amigos, la de tus hijos y la nuestra es irremediable. »

El razonamiento era exacto; pero al hombre costaba grave pena separarse en tan angustiadas circunstancias del lado de los que amaba. Al fin los ruegos vencieron; Arboleda estrechó entre sus brazos á su esposa y á su madre, besó á sus hijos con ternura, y apretó con cariño y gratitud las manos de sus amigos. En una noche oscura, el perseguido se disfraza, y saliendo por una puerta escusada, atraviesa por entre sus enemigos, y por sendas desconocidas, caminando siempre á pié, gana el territorio extranjero. Acompañábase en su triste peregrinación un hombre fiel, que le servia de guía.

Arboleda salió de Popayan el 1º de abril de 1851. Pocos dias despues estaba ya en territorio ecuatoriano, habiendo eludido con una sagacidad novelesca la vigilancia de sus perseguidores. En ese marcha de mas de sesenta leguas, tuvo que sufrir indeciblemente: iba á pié; faltábale alimento; las lluvias tropicales que caían sin intermision, empapaban el unico vestido que llevaba, y que le era preciso aguardar á que se secase sobre el cuerpo; y esto, teniendo que atravesar climas mortíferos y sendas plagadas de fieras y de venenosos reptiles.

Arboleda fué recibido en el Ecuador con todo el entusiasmo que inspira un hombre de corazon y de convicciones profundas, y que sufre persecuciones por la justicia. El asilado se dirigió á Quito, donde estaban huyendo de las persecuciones comunistas los ilustrados y patriotas SS. Sergio Arboleda (hermano de Julio), y el Dr. Vicente Cárdenas. A pocos dias se les reunió el Sr. M. M. Luna.

Los cuatro desterrados empezaron á conferenciar sobre el modo de restablecer en la Nueva Granada el imperio de la ley y de volver á colocar la sociedad sobre sus bases. Al mismo tiempo que disponían generosamente de lo que les pertenecía, para dar impulso en el Sur á la reaccion de la moral y de los principios, entraban en correspondencia con los patriotas de la costa y del Norte de la República.

Una circunstancia imprevista vino á hacer precipitar el golpe que meditaban los desterrados: — los que estaban aduenados del poder público ordenaron el establecimiento de clubs democraticos en la provincia de Pasto; y al tomar esta medida, fué con la idea de extender á esa parte del Sur el regimen de látigo y de sangre que reinaba ya en el Cauca. Se libraron órdenes para encarcelar, sin motivo alguno, á los hombres mas influyentes de la capital de aquella provincia. Esos ciudadanos fueron advertidos en tiempo, y huyeron á las montañas de Chaguarhamba, llevando consigo sus escopetas y municiones. Los comunistas los atacaron allí; pero aquellos se defendieron con bravura. La sangre empezó á correr. Los que se habian apoderado de la autoridad, por medio del puñal, principiaron la revolucion política y social, y luego la revolucion á mano armada. Ese gobierno dió el raro ejemplo de poner en práctica doctrinas cuya predicacion nunca parte de los que mandan, sino que se encuentran sirviendo de programa á las banderías mas exaltadas y mas inmorales, y que aspiran al poder.

Los cuatro neo-granadinos que se hallaban en Quito, irritados profundamente por la representacion de tales escenas, se encaminaron á toda prisa á las fronteras de su patria, con el objeto de examinar el estado de los ánimos y entrar á la provincia, en caso necesario, á dar una buena direccion al inesperado movimiento.

Lo que mas se necesitaba en aquella época, era tener un plan combinado, y no disparar un solo tiro antes de haberse puesto de acuerdo los patriotas de los diversos ángulos de la República. Las circunstancias hicieron obrar de otra manera. Al mismo tiempo que Arboleda se dirigia hácia la Nueva Granada, el coronel Manuel Ibañez, llevado de sus impulsos generosos, habia corrido en auxilio de las víctimas de Pasto, y viéndose seguido por muchos ciudadanos entusiastas, prestó fácil oído á las insinuaciones de varios jóvenes ardientes, que le hacían esperar la victoria con poco esfuerzo: en efecto, Ibañez atacó las fuerzas numerosas y disciplinadas que comandaba el general Franco; pero no teniendo sino tropas colecticias bajo sus órdenes, y esas en poco número, — el resultado fué la derrota que sufrió en Anganoi; derrota que envalentonó á los comunistas y llevó el desaliento al pecho de los patriotas.

Los derrotados de Anganoi llegaron á la frontera, cuando llegaban á ella Arboleda y sus compañeros; y á poco tiempo se presentaron también allí algunos enviados del general Franco, entre los cuales iba el Sr. Pedro José Nates; estos enviados llevaban por mision ofrecer á Arboleda toda especie de garantías, con tal de que no entrase en movimiento alguno á mano armada. Arboleda pudo entonces haber puesto en salvo su fa-

milia y su propiedad, y haberse retirado á otro país á gozar pacíficamente de sus rentas; pero su fé estaba comprometida: no podía faltar á ella; veía á sus compatriotas gimiendo bajo el látigo, ó pereciendo bajo el filo del puñal de los comunistas; oía el grito de venganza que lanzaban las esposas profanadas, las vírgenes deshonradas: era, pues, indispensable, absolutamente necesario luchar por el restablecimiento de la moral y de la justicia en esa tierra desgraciada. Así, pues, se resistió á oír las proposiciones del Sr. Nates y las que le hacia el Dr. Florentino González á instancias del mismo general López. Arboleda se hubiera manchado para siempre, al escuchar la voz de sus intereses personales y desatender la del deber y de la justicia. Arboleda no podia ménos de ajustar sus acciones á sus palabras: debia sacrificarse el que pocos meses antes decia, en esa larga composicion cuyos pensamientos sublimes recuerdan á Tyrtéo, á Sócrates, y á Tácito.

Patria! por tí sacrificarse deben
Bienes — y fama — y gloria — y dicha — y padre —
Todo — aun los hijos — la mujer — la madre —
Y cuanto Dios, en su bondad, nos dé. —
Todo, porque eres mas que todo, — ménos
Del Señor Dios la herencia justa y rica: —
Hasta su honor el hombre sacrifica
Por la patria — y la patria por la Fé.

Por la misma época dirigió á un amigo suyo una carta, en la cual le manifiesta su irrevocable resolución de sacrificarse por liberrar á sus conciudadanos del despotismo comunista. En esa carta le anunciaba de una manera explícita y terminante, las consecuencias que tendria que soportar la Nueva Granada, en caso de que los hombres de orden fuesen derrotados; y entre otras señalaba la eleccion de Obando para presidente y la dictadura, que seria el resultado de tal eleccion. El tiempo probó cuánta era la exactitud de tales previsiones, predicciones que ya él habia hecho en los números 3 y 9 de *El Misóforo*. Copiarémos algunos trozos de esa interesante carta:

« Figúrese Vd. cual habrá sido mi pesar al encontrarme aquí con la noticia de que nuestro amigo Ibañez ha sido derrotado en Anganoi. El es un hombre tan generoso en los sentimientos, como prudente en las acciones; pero no conociendo las verdaderas circunstancias de Franco, tuvo que dejarse guiar por lo que otros le decían, y se precipitó en un combate desigual por complacer á algunos jóvenes, mas dignos de alabanza por su brio que por su tino. — El desaliento es inmenso, y las consecuencias fatales que va á tener este primer golpe en todo nuestro territorio me tienen contristado. Ya poco ó nada tengo que esperar en lo que hagan otros por la República; pero Sergio, Cárdenas, Luna, los Zaramas y muchos otros, no ménos firmes y decididos, están resueltos á rehacer conmigo el movimiento. Si todos los derrotados hacen otro tanto, vencerémos al fin, como venció Bolívar, á fuerza de constancia. Nuestra causa es tan justa como la suya sino mas justa; las simpatías de todos nos acompañan, hasta las de los esclavos del terror que, para desarmar la ira de sus tiranos, disparan, muy á pesar suyo, sus fusiles contra nosotros. La Nueva Granada no está gobernada, está despedazada, envilecida por una horda de bandoleros. Todavía la tala, el incendio de las propiedades, aunque nos dan derecho perfecto de castigar á sus autores, no son nada comparados con la vileza y la cobardía de que un pueblo entero tolere que unos pocos azoten públicamente á las mujeres, á los viejos, á los infantes desvalidos. — Si los granadinos sufriesen por mas tiempo tanta ignominia serian indignos hasta del nombre de hombres. Yo no puedo consentir ni en el pensamiento de que semejantes desórdenes continúen: Las mujeres azotadas y profanadas, los niños despedazados, las canas insultadas, me atormentan la imaginacion, me aprietan el pecho, como otras tantas pesadillas; y si yo solo quedase, para manifestar que tenemos sangre en las venas, yo solo les haria guerra á los autores de tantos crímenes. No quiero hacerme despreciable á mis propios ojos: no puedo desertar mis banderas en los dias de prueba. Venga pues lo que viniere, mis enemigos habrán de confesar algun día que si puedo ser desgraciado no puedo ser vil. — Algunos juzgan ya nuestra causa perdida: me dicen que lo único que conseguiré encabezando una nueva reaccion, es perder cuanto tengo y sacrificarme á mí mismo y á mi familia; y Perdo José Nates ha venido á congratularme por no haber estado en Anganoi, y á ofrecerme de parte de Franco toda especie de garantías. Yo quiero suponer que volviéndome á Quito salve mi fortuna y viva holgada y pacíficamente con mi familia. Pero ¿qué se diria de un hombre, en mi posición, que dejase á sus compatriotas á la merced del látigo y huyese á gozar en tierra extraña de bienes sacados del país mismo que habia dejado sacrificar cobardemente? Me parece que hasta el pan comprado con monedas salvadas al precio de tanta infamia, me oleria, me sabria á infamia y envenenaria mi existencia. Pero no está enteramente perdida nuestra causa, no lo crea Vd. Tengo motivos para creer que Jacinto Córdova, Delgado y López se batían actualmente en Popayan, y que muchos otros hombres generosos hacen lo mismo en Bogotá, en otras provincias del Norte, en Antioquia y en Cartajena. Yo no puedo dejarlos solos; que me floren muerto, pero que no me aborrezcan por infiel ni me desprecien por cobarde. . . .

» Franco está en Túquenes con algo mas de 300 hombres: yo apenas cuento con 90; pero, si no consigo mas, con ellos pienso escaparme de noche, pasar la línea, y

maniobrar hasta que logre echar á Franco de la provincia. Si me la deja, ya tengo base para mis operaciones, y entonces sí puede Vd. contar con que formo algo que parezca ejército. Quien sabe si lograré mi intento, porque Franco es soldado viejo.

» M mayor riesgo va á estar en la falta de disciplina, porque aseguro á Vd. con toda franqueza que, aun entre los pocos que somos aquí, la mayor parte de ellos pretenden disponer las cosas. A eso atribuyo la desgracia del pobre Ibañez. Es muy doloroso esto de tener que dar cuenta á todo el mundo de lo que uno piensa hacer, y verse en la necesidad de tomar el parecer de tantos, y discutir una orden como se discute una ley. Así no se hace la guerra. Lo peor de todo es que la derrota de Anganoi, en lugar de calmar ese espíritu diabólico de insubordinación le ha aumentado considerablemente. Agregue Vd. á esto, que yo he estado por muchos años separado de la milicia, y que pocos se acuerdan de que soy militar; y concebirá Vd. fácilmente que ni puedo inspirar confianza ni hacerme obedecer. Los buenos ciudadanos que me acompañen harán pues probablemente lo que quieran, y, ó no habrá operación posible, ó será preciso consultarla con muchos, y no habrá ni plan fijo en la guerra ni secreto en los movimientos. El valor es muy comun entre nosotros, pero ese espíritu de obediencia, tan necesario para triunfar, falta siempre en las fuerzas colectivas. De modo que, mi querido amigo, solo empresas muy atrevidas y arriesgadas pueden granjearme la confianza y darme la influencia que necesito para llevar las cosas á buen término; y con nuestras montoneras quien sabe si en la primera nos lleva el diablo! Ruegue Vd. pues por mí; pero no desconfíe, que por mal que nos vaya habremos salvado el honor, y ya no se dirá, al ménos con justicia, de este pueblo, que dejó azotar á los ancianos, incendiar sus casas, violar sus mujeres, sin hacer un esfuerzo que le salvase, sino de la muerte, de la ignominia. Algo valdrá el ejemplo—y despues de todo—entre morir á latigazos ó á balazos—entre la muerte del perro y la del héroe, ¿quién duda en la eleccion?

«Pero ¡y si nos derrotan! dirá Vd. ¡y si nadie nos ayuda! Pues si nadie nos ayuda, tanto peor para ellos, que cargarán con la deshonra de habernos abandonado. Entretanto, con auxilio ó sin él, esto es cierto: que ó venceremos y cesa el látigo, ó somos vencidos y cesa tambien el látigo. Los que azotan y saquean los pueblos del Sur, lo hacen de cobardes, porque nos juzgan carneros viles incapaces de toda resistencia. Cuando vean que preferimos la muerte de los héroes, á la vida de los esclavos; cuando se persuadan de que un insulto á nuestras mujeres les cuesta la vida, otra será su conducta. Con esto que se consiga aunque nos maten á mí y á unos ciento ó doscientos mas, me daré por bien servido. Probemos que somos dignos de la libertad y la tendremos. La reaccion me parece pues santa y útil aun en el supuesto mas desfavorable.

»En cuanto á Obando, la cosa es clara, si sucumbimos será presidente y dictador quizá. Los asesinatos, los incendios, los estupros, los desórdenes de todo género; el desarme de los buenos ciudadanos, el armamento de los bárbaros indios guilas, la organizacion y armamento de las sociedades democráticas, no tienen mas objeto que hacer aborrecible la República, crear la necesidad de una dictadura y hacer que la nacion cansada y envilecida, se arroje en los brazos de ese demagogo, y le suplique que le haga el favor de tiranizarla á su arbitrio. López no sabe lo que está haciendo: no trabaja para sí sino para Obando. Si sucumbimos, Obando será lo que quiera ser. Si yo, en lugar de amar la República, sus libertades y su honor, aborreciera á Obando, le veria con gusto de presidente, porque estoy seguro de que á los pocos meses de ejercer el poder, estará despreciado hasta de sus mas exaltados partidarios. Ya le hemos visto E. del Ejecutivo, ¿y qué hizo?—Nada sino desordenarlo todo, desterrar, y conferir ascensos escandalosos hasta que la Convencion intervino. Obando no sabe gobernar sino á los indios del Zarzal, y cuando llegue al poder va á creer que la República es el Zarzal: llevará el asesinato, el látigo, todos los desórdenes del Sur á la misma capital, á toda la República que se convertirá en un vasto campo de ignominiosa anarquía: sus agentes serán Guainas, Enseca, los indios guilas, los negros de Cali, los Rodriguez, y cuantos criminales haya en la nacion. Si mi pobre patria no hubiera de ser la víctima, como su enemigo quisiera verle en el poder. Si el pobre Obando tuviera talento debia desear nuestro triunfo para volverse á firmar libros al Perú, y continuar de víctima y de ídolo. Si nos gana la partida y es presidente y dictador (como lo pretende) es hombre perdido. Entonces sus adoradores caerán en cuenta de que el ídolo es puro barro, y, si tienen buenas intenciones, como lo creo de muchos, se darán de calabazadas por la equivocacion. Si la Providencia no nos favorece ahora, para entonces es preciso aplazar la era nueva de nuestra libertad. Los pueblos son como los individuos, no adquieren por desgracia experiencia en cabeza ajena—no creen á sus verdaderos amigos—y ni saben historia, ni, aunque la supieran, harian caso de sus lecciones. Pero esperemos que semejante calamidad no suceda—triunfemos aunque el fruto único de nuestros sacrificios, sea la desgracia y la calamidad para nosotros, y la popularidad y la santificación para Obando. Si, triunfemos, y vengan la muerte y la calumnia; vengan sobre nosotros todos los males siempre que la República se salve: lo merece, y yo la amo lo bastante para sacrificarle hasta mi reputacion.»

La parte de este interesante documento, en que Ar-

boleda dice que soportará con placer toda especie de males y desgracias, hasta el deshonor, con tal que la Nueva Granada se salve, es comparable por sus sentimientos patrióticos, á aquel famoso trozo de Ciceron, en que exhorta á Catilina para que no dañe á Roma, y le deje pasar á él como calumniador á los ojos de la posteridad.

Acompañado Arboléda del coronel Ibañez, del doctor Vicente Cárdenas, de los señores Zaramas, Santacruz y otros muchos distinguidos patriotas, pasó la frontera cuando ménos le esperaban; y á fuerza de maniobras rápidas consiguió con pequenísimo número de hombres arrojar al enemigo al otro lado del Guáitara, — torrente caudaloso, que siguiendo por entre peñas altísimas y escarpadas, presenta muy raros pasos.

Cuando el valiente general Franco conoció la gravedad del error que habia cometido, al repasar el Guáitara, ya era demasiado tarde; pues que su activo competidor habia armado la poblacion con suma celeridad, tenia cerradas todas las avenidas que pudiesen dar entrada á la provincia, — y, hábil sobre todo para disponer sus fuerzas, habia colocado sus reservas de manera que pudiesen ocurrir oportunamente á cualquiera de los pasos del rio, y reforzar los destacamentos.

Entretanto, sin perder un instante, organizaba y disciplinaba sus tropas, señalaba los cabos y sargentos, y vistiéndolos uniformemente, les daba un aspecto militar. Preporcionaba á sus soldados subsistencia y comodidades, sin cometer un acto arbitrario, sin violar un solo derecho, sin dar motivo á una sola queja de parte de la poblacion, atónita al ver por la vez primera un orden, una regularidad y una moderacion que hasta entonces habian juzgado como incompatible en tiempo de guerra. Ni un grano de trigo ó de maiz tomó el soldado, sin la libre voluntad de su dueño; ni llegó á descomponerse un cerco, ni á cruzarse una sementera, aun en el caso de mas urgente necesidad, sin que el propietario fuese indemnizado inmediatamente, y con usura, del daño que se le infiriera.

Alguno indicó como justa y conveniente la idea de imponer una contribucion sobre los bienes de las personas que estaban al servicio de los socialistas; pero esa idea fué rechazada por Arboleda como contraria al derecho de propiedad. Habia algunos fondos pertenecientes á las contribuciones nacionales; ni un centavo de esos fondos se tocó. Tomáronse providencias para asegurar, y se aseguraron algunas barras de oro de propiedad particular, que se hallaban en la administracion de correos; y de los cuales dispusieron sin fórmula legal y en su propio provecho los que se decian investidos de la autoridad publica. El patriota pueblo de Túguerres, festivo de las austeras virtudes del jefe del ejército del orden en las provincias del Sur, proclamó á Arboleda jefe civil y militar, dándole el encargo de restablecer el imperio de las leyes.

Entretanto, el general Franco, reunido á las fuerzas que habia dejado en la ciudad principal, se propone dar un golpe decisivo; sabe que un cuerpo de pastuzos ha aparecido armado en las montañas de Chaguarbamba; marcha de improviso y con todas sus fuerzas hácia ese sitio; cae sobre el enemigo; derrotalo; y los derrotados huyen á refugiarse del otro lado del Guáitara; pero van perseguidos tan de cerca, que llegan al sitio deseado mezclados con sus perseguidores.

Arboleda se hallaba á ocho leguas de aquel punto, y apenas tiene tiempo para conjurar el peligro: sabe de todo cuanto son capaces tropas envalentonadas por la victoria; y se resuelve á hacerles frente; no encuentra caballerías para sus oficiales: deja su propio caballo, y poniéndose á la cabeza de sus fuerzas, llega en cinco horas al puente de *Ales*.

Entre dos rocas escarpadas que se elevan majestuosamente al uno y otro lado del Guáitara, se extiende un valle de poco mas de quinientas varas de largo, que principia sobre la ribera derecha del rio; sobre este rio hay un puente; sobre el puente se levantan varios órdenes de trincheras que dominan el valle. Sobre esas trincheras coloca Franco sus mejores tiradores, y ordena que, protegido por sus fuegos, un cuerpo de sus mejores tropas tro cargue y ocupe el puente.

Arboleda toma por el brazo á su secretario, el valiente y virtuoso señor Antonio José Chavez; atraviesa con él el valle sobre el cual llovian las balas, y se pone resueltamente á la cabeza del puente; coloca sus tropas á la sombra de las grandes piedras que se encuentran en aquel sitio, hace suspender el fuego, y espera en calma al enemigo, sobre el cual abre de cerca sus fuegos, rechazándole cada vez que se aproxima. Despues de dos horas de obstinado combate, Franco se retira con su ejército persuadido de la imposibilidad de dar cima á su empresa.

Dos dias despues, Franco intenta pasar el rio por un punto distante del que habia escogido ántes. Arboleda se pone á la cabeza de sus tropas y derrota la columna enemiga que pretendia forzar el paso; hace varios prisioneros, á quienes trata con exquisita cortesía y á quienes pone en libertad bajo su palabra de honor.

Las tropas de Arboleda le tenían un profundo afecto; y era bien fundado. Los soldados veian que su jefe no vestia mejor que ellos; que sus alimentos eran los mismos; que les buscaba abrigo, y él se quedaba sufriendo indiferentemente el sol ó la lluvia; que andaba á pié y descalzo como ellos, y que era el primero en arrostrar y vencer el peligro.

Tres semanas habian corrido desde su entrada en el

territorio neo-granadino, y ya Arboleda se hallaba rodeado de cerca de novecientos hombres uniformados, armados, organizados, y hasta cierto punto, instruidos en sus deberes militares. Con estos, dejando una pequeña guarnicion á su espalda, penetró en el corazon del territorio ocupado por el enemigo.

La guarnicion de Pasto era fuerte de 1,300 hombres. El general Obando estaba en marcha sobre aquella ciudad con un cuerpo mas numeroso. Arboleda, advertido de ello por medio de un espionaje activo, se propuso impedir la reunion de aquellas fuerzas, interponiéndose entre ellas y batiéndolas en detal. Al efecto, viendo que Franco no le atacaba en sus posiciones, hizo una marcha rápida y presentóse en frente de la ciudad y de las tropas del expresado general; pero este, que esperaba refuerzos considerables, rehusó prudentemente el combate.

Entonces Arboleda ocupa un pueblo vecino rodeado de trincheras naturales y que solo presenta entrada por tres partes, en cada una de las cuales aposta un destacamento. Llama al valiente Pedro Patiño, le confia un cuerpo escogido de montañeses, y le da orden de marchar con su tropa á las ocho de la mañana del dia siguiente, hasta llegar á las goteras de la ciudad de Pasto. La mision de Patiño era de observar cuidadosamente los movimientos del general Franco; de seguirle de lejos, si se movia en la direccion por donde Obando debia venir; y de divertir su atencion con amenazas de ataque, en caso de que no se moviese. Entretanto Arboleda se dirige á marchas forzadas á encontrar á Obando, y pernocta á orillas del Juavambú, como á diez leguas de Pasto.

Sabio era el plan de impedir que las fuerzas de Obando se reuniesen á las de Franco; atrevida y estratégica la decision de adelantarse á combatir á aquel dejando á retaguardia á este. Todo era muy bien pensado; pero Arboleda olvidaba un elemento que, por desgracia de la humanidad, entra con frecuencia á destruir las mejores combinaciones, desde el momento que hay mas de uno que tenga parte en ellas ó que las sepa solamente: — la traicion, hija de la envidia, de la venganza, de la venalidad, y en fin, de todas las mas bajas pasiones, destruyó en un instante ese sabio plan y comprometió gravemente la suerte de los honrados ciudadanos. Un hombre, ó cobarde, ó vendido al enemigo, un hombre indigno de estar al lado de tantos ciudadanos distinguidos, y que por ser de aquellas comarcas ejercia una influencia notable sobre las tropas, se acerca á los unos y á los otros con grande disimulo y les representa que Arboleda ha ordenado echar puentes sobre el rio en ciertos puntos, y derribarlos en donde los habia; que esa era una maniobra de mas agregada á las que habia hecho ántes, para hacerles creer que iba á detener el paso á las fuerzas de Obando; pero que tales fuerzas eran imaginarias. «El verdadero objeto que Arboleda se propone, les dice el traidor á los soldados, es llevarlos á Popayan á que protejais su propia familia y sus intereses; y entretanto él echa en olvido vuestras esposas, vuestras hijas y vuestros bienes, que quedan á merced del enemigo.» Cerca de quinientos montañeses prestaron fácil oído á las péfidas palabras de tan bastardo ciudadano, y abandonaron al hombre que habian seguido creyéndolo patriota y que venia á presentarseles como un egoista de los mas frios y calculadores.

Era alta noche: la luna brillaba clara y serena; Arboleda estaba hablando con su amigo el coronel Ibañez, á la sombra de uno de aquellos árboles corpulentos tan comunes en las tierras templadas de la zona tórrida, cuando Sergio, el digno hermano del jefe del ejército patriota, llega y le comunica la triste nueva de la traicion: — «Bien, contestó Arboleda; hemos salido de los réprobos — nos quedan los escogidos.»

Las ocho de la mañana serian: ya muchos soldados habian pasado el rio: un pequeño destacamento quedaba sobre las alturas de Santamaría, lugar separado de Buesaco por un torrente impetuoso, que por aquella parte solo tiene un puente, pasad el cual hay una larga y penosa cuesta para alcanzar las alturas que hemos nombrado. El puente estaba custodiado. El jefe de la guardia habia dado parte á Arboleda de que Franco y sus fuerzas estaban á la vista, y por un nuevo aviso hacia saber que el enemigo habia descendido la falda y empeñado la accion.

J. M. TORRES CAICEDO.

(Se continuará.)

RETRATOS

DEL EMPERADOR ALEJANDRO II Y DE LA EMPERATRIZ MARÍA ALEJANDROWNA.

En el próximo número encontrarán nuestros lectores una larga descripcion de las grandes fiestas que se han hecho en Moscou con motivo de la coronacion del emperador de todas las Rusias Alejandro II, acompañada de una serie de dibujos representando las principales escenas de unas ceremonias cuya magnificencia y esplendor han superado todo lo que se habia visto hasta el dia en tales ocasiones. Hoy publicamos en las páginas siguientes los retratos de SS. MM. imperiales Alejandro II y María Alejandrowna; los dibujos están hechos en Moscou, han sido vistos y aprobados por el emperador y se recomiendan por un parecido exactísimo.





— Es verdad, pero también es preciso tener mucho cuidado con los pensamientos; una señorita soltera no debe pensar en un hombre, respondió Clemencia con un acento de severidad en el que su tía habría reconocido con orgullo la sangre pura de los Corandeuil.

— Pues yo creía que mas permitido le estaba á una soltera que á una casada.

Al oír esta respuesta dada sin malicia, la señora de Bergenheim perdió el uso de la palabra y se quedó cortada delante de la joven como un niño en la escuela que acaba de recibir una vigorosa corrección de su maestro.

— ¿Quién ha inspirado tal contestación á ese diablillo? pensó Gerifalte, que no estaba con la mayor comodidad entre los armarios donde se había ocultado.

Viendo que Clemencia no respondía, Alina tomó este silencio por mal humor y se incomodó á su vez.

— Hoy estás peor que nunca, la dijo; adios, no quiero tus libros.

Y arrojó sobre el sofá los volúmenes de *Waverley*, volvió á tomar la regadera y salió cerrando la puerta con estrépito.

La señora de Bergenheim con el aire sombrío y pensativo permaneció inmóvil como si la hubiera cambiado en estatua la reflexión de Alina.

— ¿Entraré? se preguntó Gerifalte que había salido de su nicho. Esa picaruela con sus niñerías me ha hecho un daño infinito. Estoy seguro de que Clemencia navega á velas desplegadas sobre la mar horrascosa del remordimiento, y que esos dos capullos de rosa que mira tan fijamente la parecen los ojos de su marido.

Antes que hubiera cesado la indecisión del poeta la baronesa se levantó bruscamente y salió cerrando la puerta casi con tanto ruido como la niña.

Gerifalte echando pestes contra las colegialas, los colegios y los corazones de diez y seis años, bajó de nuevo la escalera del gabinete y volvió á la biblioteca. Después de haber dado cuatro paseos delante de los diccionarios y de los pergaminos que cubrían la mesa, salió y se fué á su aposento.

En el instante en que pasaba por el salón una armonía ruidosa llegó á su oído; las teclas del piano resonaban con una fuerza que probaban que la furia francesa no es monopolio exclusivo del sexo varonil. En medio de aquellas notas graves, tristes, apasionadas, locas, Gerifalte reconoció en la claridad de ciertos rasgos y en la brillante elegancia de ciertos pasajes que aquella improvisación no podía salir de los dedos poco ejercitados de Alina. Comprendió que en aquel momento el piano servía de confidente á la señora de Bergenheim, y que por medio de él manifestaba las emociones contradictorias á que estaba entregada, pues para el corazón privado de otro corazón en que depositar las penas y las alegrías la música es un amigo que escucha y responde. Bajo los dedos que le interrogan el instrumento recibe la presión del alma dolorida y se anima para consolarla. El soplo del dolor errante sobre el teclado despierta una armonía que la mece y la duerme, ó la distrae con una exaltación pasajera.

Gerifalte escuchó algún tiempo en silencio con la frente apoyada en el marco de la puerta del salón. A cada frase, á cada modulación, su espíritu por un maravilloso instinto de simpatía se identificaba con el sentimiento de que ella era intérprete. En aquellos acordes graves, roncós y lúgubres reconoció los acentos agudos del remordimiento que se encarniza en el alma desgarrándola. Una serie de notas mas contenidas pero que se elevaron insensiblemente hasta concluir en un estallido prolongado y furioso, mostraba las dudas, los temores, los tormentos de los celos. Era dolor aun, pero dolor que se exhala en vez de devorar interiormente, era el corazón herido, pero dejando sangrar la llaga y no el corazón sofocado en una mano de hierro sin poder respirar para gemir. Al cabo de muchos suspiros, de muchos gritos de angustia, de muchos sollozos, el furor de aquella ejecución disminuyó poco á poco y se fundió en una serie de modulaciones cada vez mas suaves. Durante algún tiempo la imaginación de Clemencia recorrió muchas melodías sin fijarse en ninguna. Por fin un recuerdo la cautivó; después de haber hecho murmurar al piano los primeros compases del *Sauce* tomó el motivo con mayor precisión, y luego principió á cantar con una voz dulce y un poco velada:

Assisa al pie d'un salice.

Octavio la había oído cantar muchas veces en sociedad, pero nunca con aquel acento tan profundo. Por uno de esos instintos de pudor que tienen las mujeres nobles, Clemencia se habría sonrojado de entregar al pueblo de los salones la menor porción de su alma: ante los extraños cantaba con los labios; en aquel momento su voz salía del corazón. A la tercera copla cuando Gerifalte comprendió que debía hallarse exaltada por el perfume de amor melancólico y de desengaño apasionado que exhala esa canción delicada, entró suavemente juzgando que el momento era oportuno y bastante conmovido también para hacer creer en el contagio de su turbación.

La primera persona que distinguió fué á la señorita de Corandeuil tendida en su sillón, con la cabeza inclinada, los brazos colgando y dejando escapar á guisa de acompañamiento una melodía nasal un poco disonante. Los anteojos de la solterona que colgaban de la punta de su nariz habían comprometido la armonía de sus rizos postizos; la *Gaceta de Francia* caída de sus manos cubría á Constanza tendida á sus pies como de costumbre.

— Mala suerte tengo hoy, dijo Gerifalte. Sin embar-

go, habiendo notado que la solterona y Constanza dormían profundamente, volvió á cerrar la puerta con cuidado, y atravesó el salón andando de puntillas.

La señora de Bergenheim había cesado de cantar, pero sus dedos seguían modulando vagamente el motivo de su canción. Al observar el paso circunspeto de Octavio se inclinó para mirar á su tía cuyo sueño no había notado, pues el respaldo del inmenso sillón se hallaba vuelto hácia ella. Nadie sabe dormir de un modo imponente, y el perfil de la solterona con los rizos medio caídos tenía una expresión grotesca cuya influencia no pudo evitar la gravedad de su sobrina. Los deseos de reír triunfaron en aquel instante del respeto ó la melancolía, y al sentarse de nuevo, Clemencia por esa necesidad de comunicación peculiar de la alegría, miró involuntariamente á Octavio que tampoco estaba serio. Aunque este cambio de ideas no tuviese nada de sentimental, el poeta quiso aprovecharle; un momento después estaba sentado en un banquillo detrás del piano, á la izquierda y á un palmo de distancia de la señora de Bergenheim.

— ¿Cómo se puede dormir cuando cantais?

Tal fué su introducción, elocuentísima en la expresión si no lo era en las palabras. El movimiento rápido aunque discreto que había hecho Octavio para sentarse, la elegante precisión de su ademán, el modo gracioso con que inclinaba la cabeza al hablar anunciaban el hábito consumado de la conversación que entablaba. Si las palabras eran de un colegial, el acento y la actitud eran de un maestro.

El primer pensamiento de Clemencia fué levantarse y salir del salón, pero un encanto invencible la dejó clavada en la silla. Al ver que brillaba cerca de su rostro aquella mirada negra y penetrante que en los últimos días se había rebelado á todas sus instancias; al oír vibrar suave como un suspiro la voz que amaba, sintió que la sangre la sofocaba; no fué bastante dueña de sus ojos para sostener la mirada de Octavio, y desviándolos afectó mirar al sillón donde estaba la solterona.

— Tengo un talento particular para hacer dormir la siesta á mi tía, dijo con un acento alegre que desmentían las palpitaciones de su seno; si quisiera dormiría así hasta la noche, y en cuanto deje de tocar la despertará el silencio.

— Os suplico que continúeis, no la despertéis nunca, respondió Gerifalte, y como temiera no ser obedecido suficientemente, principió á recorrer con sus dedos el teclado, sin alarmarse con las notas falsas.

— Al menos tocad á compás, dijo Clemencia sonriendo.

Sea que no tuviera tampoco los mayores deseos de que su tía se despertara, sea que quisiera evitar una conversación que la turbaba de antemano después de haberla anhelado tanto, ó sea en fin que quisiese disfrutar en silencio la felicidad de sentirse amada todavía, pues desde que se había sentado junto á ella, los menores ademanes de Octavio eran una declaración manifiesta, lo cierto es que la señora de Bergenheim meneó dos ó tres veces la cabeza con mucha gracia buscando un motivo, y luego se puso á tocar un wals, dando solamente el primer compás del acompañamiento para indicar á su amante donde debía poner sus dedos.

Principió el wals; Clemencia tocaba el canto y Octavio el bajo, dos manos quedaban desocupadas y esas precisamente se hallaban próximas una de otra. Ahora bien, ¿qué pueden hacer dos manos desocupadas y rozándose cuando la una pertenece á un hombre atrevido y enamorado, y la otra á una mujer joven que después de haber maltratado mucho tiempo á su amante, se encuentra al extremo de su severidad? A los primeros compases los dedos blancos y finos de la llave de sol quedaron encerrados en los de la llave de fa, sin que esto perjudicara al efecto de la pieza, pues la solterona continuaba durmiendo.

Un momento después los labios de Octavio se clavaron en aquella mano un poco trémula como si hubiese querido impregnar aquella piel tibia y perfumada con el aliento de su alma. Dos veces la baronesa quiso soltarse, pues sentía que el estremecimiento de aquella caricia circulaba en sus venas, pero dos veces sus fuerzas la faltaron y su tentativa acabó por cambiarse en una presión contra los labios tenaces que ella creía contra su corazón. Principiaba á ser urgente que la anciana se despertara, pero dormía como nunca, pues el wals continuaba siempre, y si se observaba una ligera indecisión en el canto, en cambio la mano izquierda daba sus notas con una energía extraordinaria.

Quando Octavio acarició durante mucho tiempo aquella mano que ya no le disputaban alzó la cabeza para obtener un nuevo favor; esta vez la señora de Bergenheim no volvió los ojos, pero después de haber mirado un instante á Octavio, como deben mirar los ángeles, le dijo con una coquetería llena de seducción:

— ¿Alina?

La contemplación muda que respondió á esta pregunta, fué una respuesta tan elocuente que toda palabra era inútil. Al verse correspondido Gerifalte dió gracias á la astucia que le había proporcionado la felicidad de que gozaba, pero la desdenó para saborear mejor la felicidad misma. Su sonrisa suave y delicada vendió el secreto de su maquiavelismo; fué comprendido y perdonado. En aquel momento ya no había entre ellos ni dudas, ni temores, ni combates; al cabo de tantos esfuerzos para desunirse, la misma caída les dejaba mas enlazados que antes. Ni siquiera experimentaban la necesidad de una explicación por el dolor recíproco que se habían ocasionado, pues el dolor no existía ya y habían entrado en ese paraíso del amor cuyo éxtasis au-

mentaba en intensidad con el recuerdo de las penas pasadas.

Largo tiempo permanecieron silenciosos, felices porque se veían, porque estaban el uno junto al otro, porque estaban solos respirando el mismo aire, sintiendo como latían á un tiempo sus corazones, y temían que una sola palabra rompiera los encantos inefables de esa dicha sin límites.

El wals se había concluido, y sin embargo, la señorita de Corandeuil no se había despertado. Ningún sonido se oía ya; habíase dicho que el sueño había conquistado también á los dos amantes que se contemplaban en una inmovilidad completa; pero el hechizo se rompió de repente por un ruido espantoso.

XVII.

Una bala que hubiera herido á los dos amantes en medio de su éxtasis les habría parecido ménos cruel que aquel estrépito formidable. Clemencia tembló sobre su silla helada de terror, Gerifalte se levantó casi tan turbado como ella, y la señorita de Corandeuil arrancada por fin á su sueño, se alzó de repente en su butaca; en cuanto á Constanza se precipitó sobre su ama que era su refugio ordinario.

La puerta que miraba á las ventanas se abrió, asomó el pabellón de una trampa de caza, y el toque de la muerte del lobo hizo resonar los ecos del salón con una fuerza extraordinaria. Aquí una segunda peripecia cambió el drama en sainete. La solterona se dejó caer sobre su sillón tapándose los oídos y pegando con los pies en el suelo; pero en vano quiso manifestar su indignación de viva voz, pues sus palabras fueron sofocadas por el terrible instrumento.

(Se continuará.)

Biarritz.

Biarritz propiamente hablando no es ni una ciudad, ni un pueblo, ni una aldea; es un conjunto confuso de casas edificadas Dios sabe como, y que no guardan ninguna simetría. Desde lejos esa fila de habitaciones pequeñas y blancas parece un rebaño disperso sobre las rocas; tiene algo en su desorden del campamento de los tártaros, del duar árabe y de los pueblos esquimales. Y si se pasa del conjunto á los pormenores se extraña no encontrar, con pocas excepciones, mas que casas estrechas y bajas, desprovistas de toda elegancia arquitectónica y de un aspecto casi miserable. La villa Eugenia deja también mucho que desear y no corresponde con su importante destino. Edificada en una hondonada entre las vertientes de dos colinas se halla de espalda al mar. La fachada principal que mira al nuevo camino de Biarritz presenta un cuerpo de casa con dos alas. El palacio consiste en un piso bajo y un piso principal; su sencillez arquitectónica es excesiva. Estamos muy lejos de desconocer todo el buen gusto que hay en el empleo de las formas sencillas, en la sobriedad de los ornatos cuando se trata de construcciones de puro recreo; pero pensamos que en el palacio imperial de Biarritz se habría debido tener mas presente la elegancia. En vano el arte ha apelado á todos sus recursos para corregir la naturaleza; la tierra no ha podido adquirir todavía una sombra de vegetación. La influencia de las brumas marinas todo lo destruye en aquel sitio y ha sido preciso suplir la falta con plantíos artificiales destinados á disimular temporalmente la aridez del terreno. Aun el edificio colocado muy cerca de la mar no creemos resista largo tiempo á la acción de la humedad.

Después de la villa Eugenia la iglesia nueva es el monumento mas importante de Biarritz. Construida el año último ha sido inaugurada esta semana. Un aumento crecido de población hizo esta obra necesaria. La antigua capilla no era ya bastante para los fieles que tenían en su mayor parte que oír la misa desde fuera.

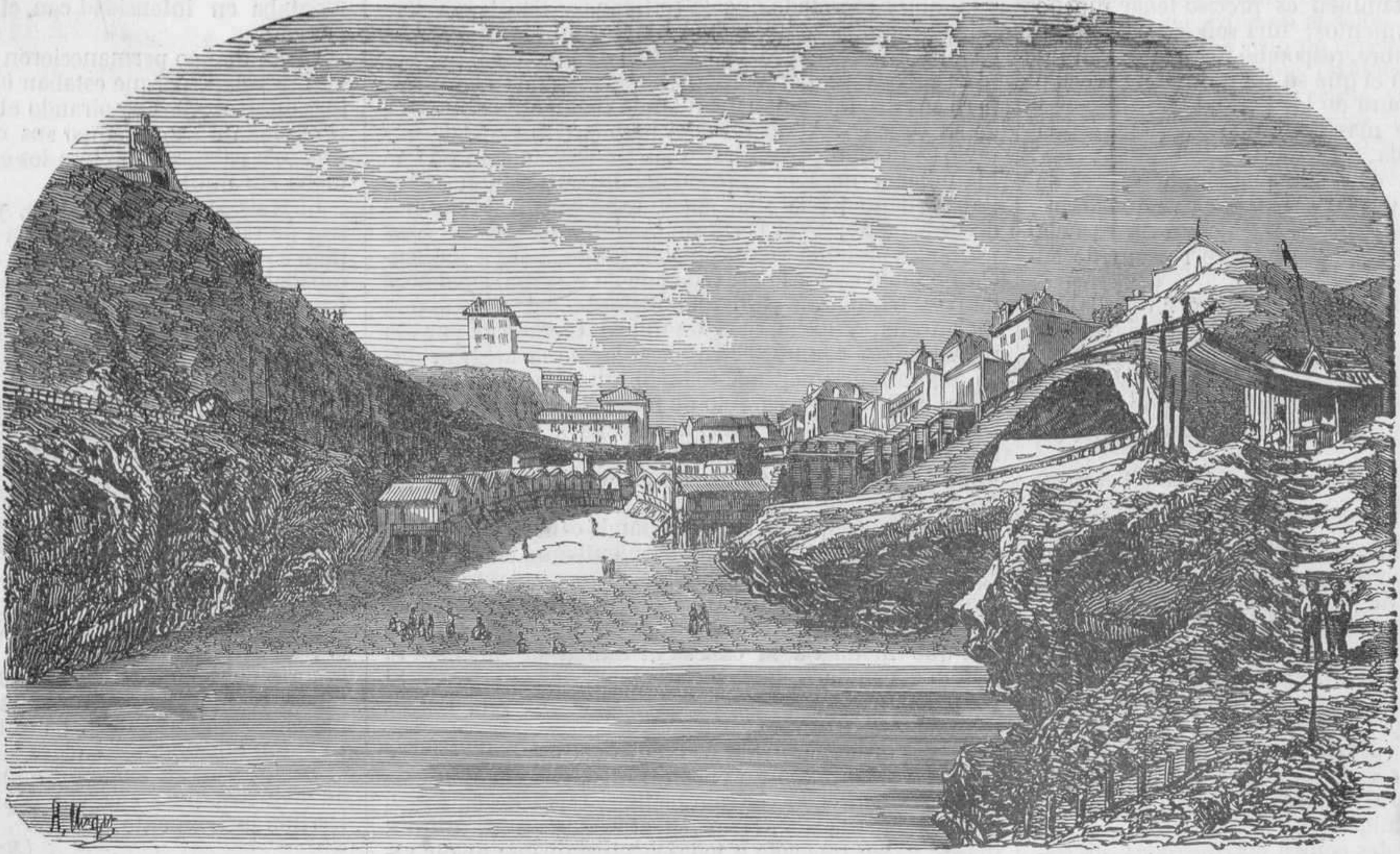
Entre las escasas habitaciones que pasan allí por elegantes casas de recreo, hay pocas que justifiquen verdaderamente esa pretensión.

Biarritz se distingue de los demás establecimientos termales por la afluencia y la variedad de los bañistas que allí acuden. En general las casas de baños tienen cada cual su clientela casi siempre compuesta de individuos de las mismas clases sociales. Biarritz recibe visitantes de todo género y de todos los países. La población de las Landas suministra la masa principal que invade cada año ese punto, y nada es mas curioso de observar que las costumbres de los buenos bañistas para quienes ese viaje anual es un deber, según las tradiciones de familia, mas sagrado que la excursión á la Meca para un verdadero creyente. De España van á los baños de Biarritz los representantes mas ilustres de la grandeza, y también se encuentran por allí los hombres de Estado cesantes. Estos elementos constituyen la alta aristocracia del país. Pero en los últimos años la Inglaterra ha comenzado á mandar sus millonarios escéntricos, y la presencia de esos disipadores siempre bien recibidos por los fondistas, aumenta la variedad de la población veraniega. Todos los forasteros se hallan divididos por barrios que representan con bastante exactitud las diferentes categorías bañistas. El barrio del Puerto Viejo el mas solitario, reúne la aristocracia; y la Plaza y los sitios próximos encierran la parte mas bulliciosa de la población. En ese grupo de habitaciones se hospedan las familias que llegan á los baños cargadas de provisiones de toda especie.

La extremidad oriental en la parte cercana á la villa

Eugenia, se ha ido adornando en estos últimos años con algunas pequeñas villas que quieren tener algo de italianas. Este es el rincón de « la vida comun. »

Y esta clasificación general corresponde con bastante exactitud á la clasificación de los bañistas. En el baño la distinción está todavía más marcada. El Puerto Viejo que forma una pequeña ensenada al abrigo de las olas, está frecuentado con especialidad por los bañistas aristocráticos. A veces algunos bañistas de otra clase van á parar allí, pero su aislamiento los designa al instante como intrusos. La Costa es la playa abierta; aquí reina



El Puerto Viejo, en Biarritz.

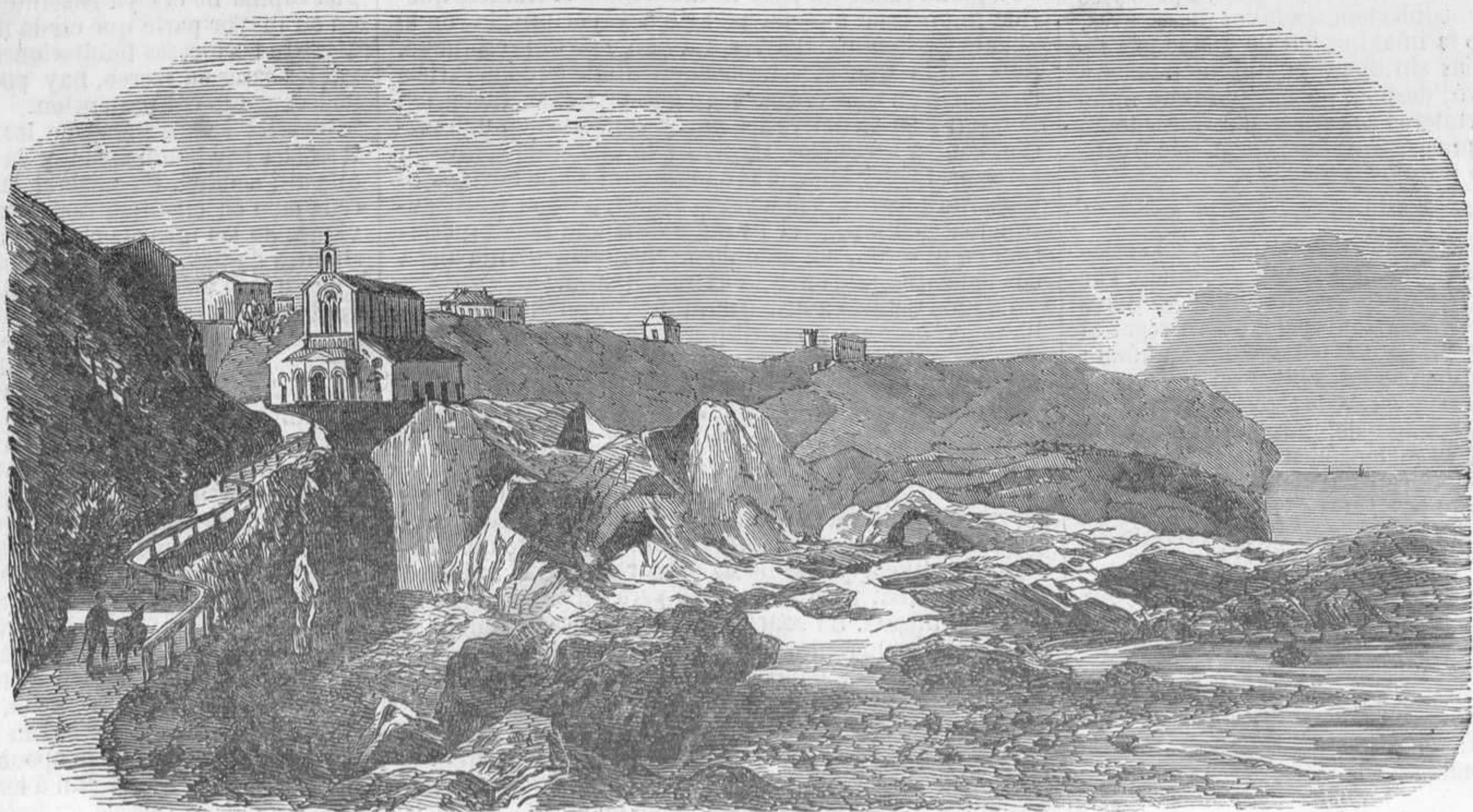
la clase media, que menos exclusiva que la sociedad del Puerto Viejo no se formaliza si algún *gentleman* viene á perderse en sus filas, en medio de las carcajadas de las mujeres que las olas llevan rodando hasta la arena. La *costa de los Vizcainos* es un sitio retirado y que por consiguiente conviene mejor que los otros á los bañistas de la clase poco acomodada, y á los que buscan su curación en los baños. Se halla situada en la revuelta de la Atalaya en la punta occidental de Biarritz, y se llega á esa estrecha playa situada bajo una costa alta por una escala cortada á pico donde la cabeza se trastorna.



Entrada de la villa Eugenia, residencia imperial en Biarritz.

Los que no toman el baño como una cosa seria se aburren allí inevitablemente. Biarritz no tiene un solo paseo y es preciso ir muy lejos para hallar un poco de verdura. Las diversiones son escasas; sin embargo no hay que olvidar el famoso juego de pelota en el que se disputan la palma los franceses y los españoles.

La boga que tienen hoy los baños de Biarritz es merecida bajo todos conceptos. Pocas localidades ofrecen á los amantes de la naturaleza un espectáculo más grandioso. Allí continuamente se ven cuadros soberbios,



La nueva iglesia de Biarritz.

sea que la vista se pierda en el horizonte del Océano infinito cuyas olas reflejan en su inmenso cristal los tonos azules y transparentes de un cielo admirable, sea que volviendo los ojos hacia los Pirineos que cortan el horizonte por la tierra, la mirada abrace en una inmensa extensión la cordillera de las montañas. Si á esto se añade que el clima de Biarritz y sus aguas son muy saludables, sobre todo para los temperamentos que necesitan fortificarse, se verá que el capricho de la moda no tuvo jamás mejor pretexto.

A. A.

El arco de triunfo de Germánico en Saintes (Francia).

Damos aquí un dibujo del arco de triunfo de Germánico que ha sido demolido hace algunos años con mucho sentimiento de los que se interesan en la conservación de los monumentos históricos de la Francia. Hé aquí el fúnebre boletín que escribían de la Rochela sobre esa demolición deplorable:

Saintes es una de las ciudades más antiguas de Francia y los monumentos que encierra atestiguan el poderío del pueblo que la sometió. Un arco de triunfo colocado en la confluencia del Seugue y del Charente, dejaba leer todavía sobre sus frisos que había sido elevado en honor de Germánico. Cuando el tiempo y el hierro devastador destruían todo lo existente en torno de ese edificio romano, solo él permanecía en pie en un estado de conservación casi completo, y los hunos, los vándalos, los godos y demás bárbaros que alternativamente cayeron sobre Santonge le respetaron. A los ingenieros del siglo XIX les estaba reservada la honra de echarle

á tierra. Con asombro hemos visto ejecutar este acto inalicable. Un arquitecto enviado de París y que no tenía tiempo para permanecer en Saintes, confió la dirección de las obras á un asalariado del gobierno; este que tenía ocupaciones personales, dió el encargo á otro, que no hallándose tampoco con deseos de permanecer allí, encomendó por fin ese cuidado á un maestro de obras subalterno. Las piedras se recogieron pues, sin precaución y se trasladaron en un carro á una pradera vecina donde se amontonaron de cualquier modo. Ni una siquiera quedó intacta, y las pocas esculturas que subsistían están mutiladas y desconocidas. La base del edificio que oponía demasiada resistencia se abrió mediante la pólvora, por manera que fácil es comprender como habrán quedado los fragmentos después de la explosión. Muy triste es ver que así se olvida á veces de los deberes la comisión encargada del cuidado y conservación de los monumentos históricos de Francia. El arco de triunfo de Germánico ha desaparecido de su lugar; consérvase al menos su memoria con el dibujo que acompaña.

Segun la tradición, en el segundo siglo de nuestra era, el primer obispo de Lyon trajo de Oriente una imagen de la Santísima Virgen, á la que elevó una capilla en la falda de la ciudad romana. Muchos discípulos del venerable prelado se convirtieron, pero entre ellos mi-

dedicado á la Santísima Virgen que se fué ensanchando de siglo en siglo hasta llegar á ser un magnífico templo objeto de las devotas romerías de los fieles.

En otra ocasión hemos hablado con más detalles de esta iglesia de Nuestra Señora de Fourvieres (véase nuestro nº 153); aquel artículo con los correspondientes dibujos que le acompañan, habrá dado á nuestros lectores una idea completa de la fundación del edificio y de todas sus vicisitudes; hoy representamos la procesión secular dirigiéndose á la iglesia de Fourvieres por la escarpada colina.



Arco de triunfo de Germánico demolido en Saintes.

LUCHAS DE LA VIDA.

(Del diario de un médico.)

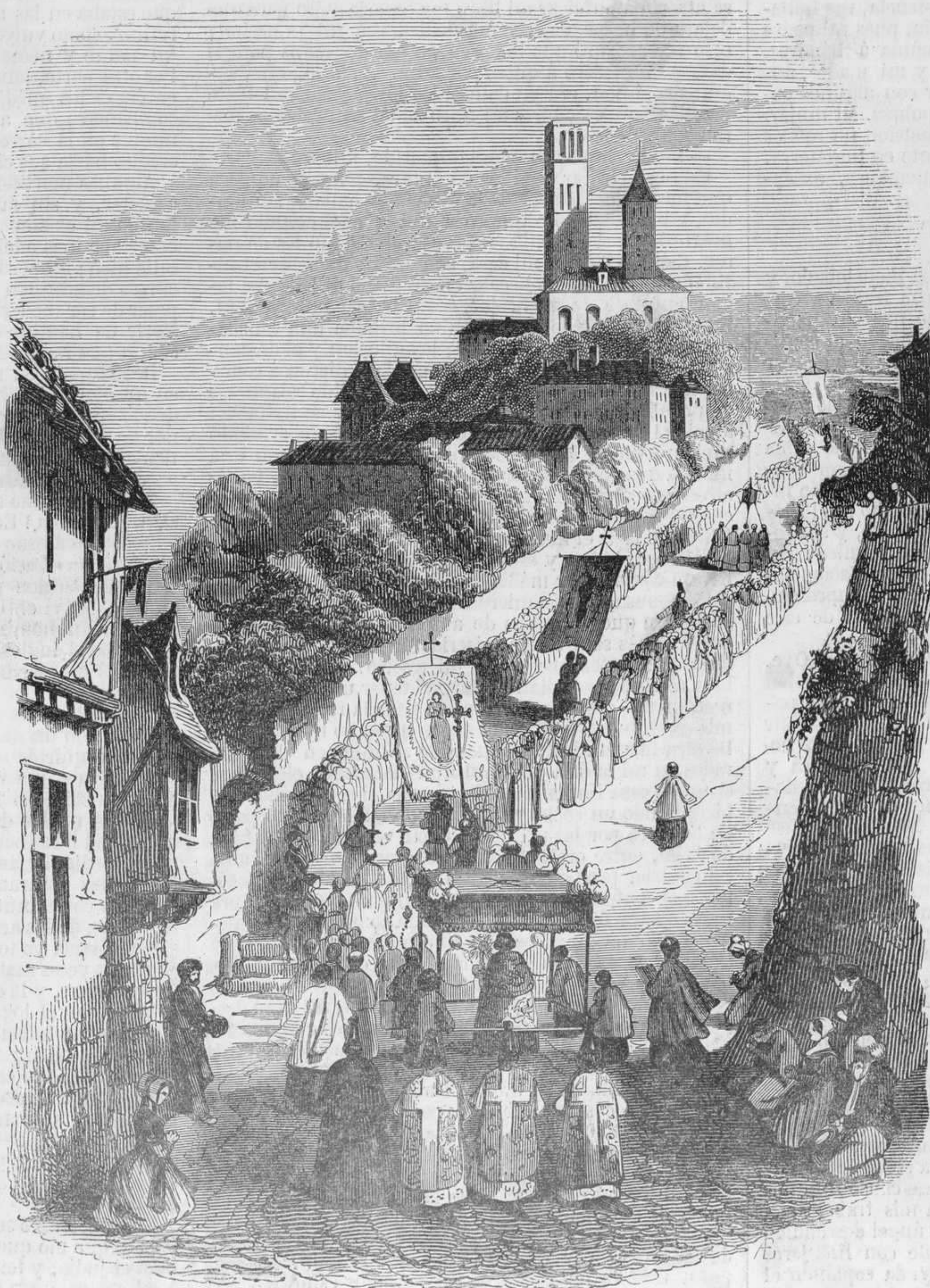
por

SAMUEL WARREN.

¿Puede concebirse cosa más triste y desconsoladora que la perspectiva que se ofrece á un joven médico, el cual sin amigos ni bienes de fortuna, aunque con las altas aspiraciones de su eminente profesión, se arroja en el oleaje de ese *maremagnum* que se llama vida? Tal era mi situación.

Después de haber invertido en el colegio y en mi educación médica la pequeña renta que mi familia más ambiciosa que pobre, me había asignado, me encontré á los 26 años de edad en Londres, poseedor de 100 libras en dinero contante, unos cuantos libros, un poco de ropa, un fondo insondable de esperanzas y una mujer, pobre y amorosa criatura, con quien había tenido la debilidad de casarme hacia algunas semanas, por supuesto sin más beneficio que el que nos producía el ardiente amor que ambos nos profesamos. Era la única hija de un viudo convecino mio, cuya fortuna había decaído por desgracia.

Emilia era el orgullo de su sexo, y creo excusado añadir que formaba el encanto de mi juventud; después de haber asistido á su padre en su última enfermedad con cariñoso cuidado, sacó por única herencia su corazón de buena hija. Debo confesar que cuando nos hallamos cómodamente alojados en la poderosa metrópoli con tan pobre hacienda y los medios de fomentarla están tan remotos, nos vemos indecisos para adelantar un paso en la senda que nos hemos trazado. «El que no se aventura no pasa la mar, dice el adagio,» y lo tomé por máxima. Sentí en mi corazón la inexplicable confianza que alienta á todos los que se hallan en parecidos casos hasta el confuso, aunque no lejano día, en que se abren ante nuestros ojos mil caminos de ganar la vida, y puede uno acariciar el objeto deseado. ¿Qué satisfacción no se apodera entonces del alma al considerar que solo á nuestros propios esfuerzos debemos nuestra fortuna y el bien que poseemos! Sin embargo, como los gastos diarios iban abriendo brecha en mis 100 libras, mi ánimo comenzó á decaer progresivamente. Descubrí que podría



La procesion secular de Fourvieres.

Procesion secular

DE FOURVIERES.

En Lyon se celebra todos los siglos una procesion secular el día de la Natividad de la Santísima Virgen. Esta ceremonia religiosa del más alto interés, ha sido instituida en memoria de la cesación de la peste que hace doscientos años desoló la segunda capital de la Francia. La procesion á la que asisten el arzobispo, los obispos, el clero de la catedral y de todas las parroquias de la ciudad, sale con mucha pompa y se dirige á Fourvieres, colina situada en la orilla derecha del Saona. Esta colina es famosa en la historia; sobre ella se pusieron las primeras piedras de la capital de la Galia céltica, y luego se elevaron allí el suntuoso palacio de los Césares, los pórticos del Foro de Trajano y el grande anfiteatro. Era el centro de las cuatro vias romanas que dividían las galias de los Pirineos al Rhin, del Océano á las bocas del Ródano. A la derecha se extendían los magníficos acueductos cuyos vestigios se pueden admirar aun, y luego á la falda estaban los templos de los patricios.

holocausto que consagró la era de su transformación, y en el siglo IX se elevó un modesto oratorio en la colina

poderosa influencia de un caballero joven á quien había prestado algunos servicios en el colegio, me fueron

Reposar para siempre en la paz de la tumba

en vez de continuar en Londres sin dinero ó sin medios de ganarlo, y después de revolver infinitos temas, parecióme el único medio de salir de apuros acudir á la generosidad de los usureros.

Afortunadamente mi padre me había inscrito en la sociedad de Seguros de la vida por 5,000 libras en un periodo anual, sobre cuya suma le habían pagado el cuadragesimo premio; esta infalible seguridad, añadida á la

útiles para conseguir un préstamo del viejo Almós L... por la cantidad de 3,000 libras al módico interés de 15 por 100 pagado por medio de la anualidad redimible. Lleno de miedo y temblando reconoció que era dueño de una suma tan considerable y no sin harta desconfianza de mí mismo, me preparé á ejercer con ella lo que los abogados solían llamar actos de *dominio propio*; pero como no había tiempo que malgastar, tomé una casa bastante decente en C... calle del Este, la amueblé regularmente, dejé por fortuna el primer piso á un solterón de las Indias orientales, llamado Dr... barnizó admirablemente la puerta, y marcando una línea en el gran effluvio de Londres resolví esperar la salida con paciencia.

Henchido de sanguíneos y flotantes espíritus traté de calmar mi corazón á favor del ejercicio, pues mi única tarea durante los primeros seis meses se redujo á practicar el perdonable solecismo de *atropellamiento haud passibus aquis* por las calles, como en espera de numerosos clientes, y de vuelta á casa meditar agradablemente sobre mis libros y dulcificar la compañía de mi amante y querida esposa; pero cuando trascurrió un año casi sin tomar un pulso ni recibir una gratificación y me avisó el viejo L... que el plazo de la media anualidad, importante 225 libras, había expirado, dirigí una ojeada á mi pasado, con bastante preocupación, y pensé luego en el oscuro porvenir. De las 3,000 libras que había tomado con un interés tan cruel y exorbitante, me quedaba poco mas de la mitad, y eso que habíamos observado una rígida economía en los gastos de casa y lo suficiente en el vestir para presentarnos con un exterior decoroso; pero desgraciadamente conocí que había de contraer deudas, lo que unido al interés debido al viejo L... me ponía en una situación precaria y embarazosa. Si las cosas se acumulaban siguiendo esta marcha, ¿qué sería de mí en uno ó dos años? No haciéndome ilusiones, ¿dónde iba á encontrar fondos para pagar al viejo L... su anualidad devengada de 450 libras? Confiando en la perspectiva de éxito en mi carrera, había-me limitado á pensar en la devolución de las 3,000 libras en el término de cinco años, á contar desde la fecha del préstamo, y ahora comprendí que debiera haberme vuelto loco para poder hacerlo. Si mi profesión me faltaba, no tenía con que ganar mi subsistencia, me hallaba sin recursos por parte de mi familia, pues mi padre había muerto poco despues de mi venida á Londres, muy comprometido en sus intereses, y mi madre, anciana y achacosa, habíase ido á vivir con algunos parientes, que eran muy pocos y muy pobres. Mi mujer, como queda dicho se halla en una situación no menos triste; no sé que tuviera ningun pariente en Inglaterra: su madre y toda su familia eran alemanes, exceptuando

« Aquel, cuya mayor delicia
Era llamarla esposa. »

En cuanto al lord, el caballero arriba mencionado, y de quien estaba seguro seria servido con franca y cordial complacencia, bien fuera efecto de negocios particulares ó de otra especie, se había marchado al continente muy poco despues de haber empezado á ejercer la facultad.

Como mis costumbres habían sido asaz tímidas y estudiosas durante mi permanencia en Cambridge, contaba con pocos amigos de colegio, y de estos no sabia que habitaran en Londres. Ni mi mujer ni yo conocíamos mas de cinco personas, incluso nuestro vecino indiano, pues á decir la verdad, vivíamos como dos tórtolas, teniendo por único mundo el uno al otro, y sin inquietarnos lo mas mínimo por hacer conocimientos y relaciones; de modo que aunque nuestra inclinación nos hubiera hecho desear visitas, los gastos que imprescindiblemente requieren, nos hubieran apartado de este pensamiento.

¿Qué debíamos hacer? Mi esposa solía decir: — Oye, amor mio, idearémos el medio de arreglarnos tan bien como nuestros vecinos; pero lo cierto era que ni podíamos pasarlo como los vecinos, ni veía medio de salir de un estado tan calamitoso. Empecé, pues, á pasar noches en vela y amargos dias de duda, buscando acá y acullá empleo correspondiente á mi profesion, y redoblando mis infructuosos esfuerzos para obtener clientela.

Paréceme risible confesar que nuestros únicos productos habían sido unas pocas y miserables guineas que M. Asperne, el propietario del «Almacén Europeo,» me enviaba de vez en cuando en remuneración de una especie de sumario semanal que le suministraba oportunamente, y una ó dos bagatelas de M. Nicholls, director del «Almacén de los Caballeros,» en pago de varios dulces sonetos que mi mujer componía para su periódico.

Conociendo el provecho que resulta á menudo de la profesion unida á la autoridad, procurando al autor cierta nombradía en el objeto que trata, y poniéndole además en relaciones directas con los hombres eminentes de su propia carrera, determiné dar cima á un proyecto que se me había ocurrido. Durante varios meses me ocupé de día y noche en una obra sobre las «Enfermedades de los pulmones,» que me causó infinitas penas, y eso que mi mujer endulzaba mis trabajos en las largas noches de verano, como un ángel descendido del cielo, consolándome y animándome con lisonjeros pronósticos. Servíame tambien de ayuda copiando el manuscrito en limpio, lo que me hizo pensar que debía al amable amanuense un bonito regalo en pago de sus desvelos. Cuando la obra estuvo completa, leída y releída veinte veces, de modo que no le faltara punto ni coma, me preparé, conmovido y lleno de esperanzas, á

entenderme con un librero de obras de medicina, esperando que de buen grado compraría la propiedad.

— Lo menos que me dará, me dije, serán 50 libras, que aceptaré sin dudar un momento. Despues pensé en dedicar ante todo una parte de esta suma para comprar un bellissimo vestido de seda á mi mujer.

¡Ay! ¡ la suerte me fué adversa aun en este ramo de mi profesion!

El librero me recibió con mucha política, escuchó hasta la última palabra que le dije, pareció tomarse interés por mis obras, que le expliqué, párrafo por párrafo, y hasta me aventuré á asegurarle que sin duda alguna atraería sobre sí la atención pública. Mi corazón latió con alegría cuando su ojo de negociante inteligente se fijó sobre mí con marcado interés. Despues de haber experimentado toda clase de emociones y de haber excitado mis mas bellas esperanzas, el buen librero removió sus gafas, y me aseguró con la mayor amabilidad que mi obra era de su completa aprobación, pero que estaba resuelto á no publicar por su cuenta mas libros de medicina. Recuerdo que al oír esto palidecí de pena, y con voz desfallecida le pregunté si era su determinación irrevocable, á lo que me replicó afirmativamente, porque «había perdido demasiado en especulaciones de este género.» Tomé, pues, el manuscrito, y salí.

No bien huí salido de la tienda, cuando una lágrima, arrancada por el dolor y el desengaño, corrió por mis mejillas: casi me ví expuesto á llorar como un niño. De un momento á otro podia encontrar á mi mujer, pues habíamos estado hablando toda la noche y durante el almuerzo acerca del buen éxito de mi entrevista con el librero, y su ansiedad no le permitiría esperar mi regreso. En efecto; la pobre había estado paseando de arriba abajo en la acera de enfrente, y corrió á buscarme cuando salí á la calle: no pude hablarla, y caí casi ahogado; pero sus continuas caricias y ternuras ahuyentaron los pesares de mi ánimo, y nos fuimos á comer. Por la tarde ofrecí mi obra á otro librero que, como John Trot, me dijo de una vez « que no hacia semejantes negocios. » Ofrecíla despues á cada uno de los libreros de medicina que pude encontrar, pero con igual suceso. Uno de ellos, rechoncho y colorado, ganguéo que si él se atrevía á publicar mi libro me pasaria aviso para que dejara de hacer obras y me dedicara á mi profesion; otro me aseguró que tenia en prensa dos obras parecidas, y un tercero á quien consulté, me dijo, que, segun su opinion, era yo demasiado jóven y sin suficiente práctica para escribir « un libro de tal naturaleza, » fueron sus palabras.

— Publícalo por tu cuenta, querido, dijo mi mujer. Esto era formar castillos en el aire, pues cualquiera que fuesen los méritos de la obra, me hallaba sin fondos, y un bondadoso librero á quien pedí consejo me aseguró que si la ponía en prensa moriría antes de nacer. Cuando volví á mi casa, con ánimo de hacer el último esfuerzo, me dejé caer en una silla al lado del fognon, enfrente de mi mujer, y sin hablar una palabra. En el semblante de la pobre niña brillaba una dulcísima mirada de tierna solicitud; la agitacion y el desconsuelo que se notaba en mi continente la dieron á conocer mis desencantos y que habíamos perdido seis meses de penalidades. En un raptó de disgusto y de irritacion arrojé el manuscrito al fuego; pero Emilia lo arrebató rápidamente de las voraces llamas, me miró con una mirada que solo una esposa amante y sensible puede ofrecer, se arrojó en mis brazos, rodeó con los suyos mi cuello, y besóme, volviéndome á la calma, si no á la felicidad. Metí el manuscrito en un estante de mi gabinete de estudio, y esta fué mi primera y única probatura como autor médico.

Esta causa, ó si se quiere esta serie de causas, me persuadió que yo estaba de antemano destinado á no poder jamás salir de mi miseria. Sin embargo, mi nombre aun se ostentaba sobre mi puerta, y mis respetables vecinos no podían menos de tener una buena opinion de mí, despues de mi porte y de la regularidad de mis costumbres; sin embargo, ninguno me llamaba. De otra manera hubiese sucedido si hubiesen visto parados en mi puerta una multitud de coches elegantes, si en mi casa hubiera tenido tertulia, ó si al menos hubiera tenido un coche para correr la ciudad, y un palco en la ópera por las noches. A decir verdad, en mi falta de éxito, entre otras causas, debía tambien tener culpa mi exterior poco notable y mi porte modesto. No sé cómo mis compañeros se manejaban para tener siempre una sonrisa fija en su boca y una complacencia estudiada, ó tener su cabeza en una agitacion perpetua de salud á la manera de un mandarin chino; pequeños medios, es verdad, pero muy útiles, á pesar de que no recurren todos á ellos para su reputacion. Mi gran desgracia era la falta de recomendaciones. Recordé que tenia un pariente, un casi primo en el cincuentésimo grado, persona de una fortuna y de un rango considerable, que habitaba en uno de los barrios mas elegantes de Londres, cerca de mi casa: pensé en pedirle su apoyo; pero despues de haberle pasado mi tarjeta, se me hizo aguardar tan largo tiempo en la antesala, en medio de las insolentes familiaridades de los lacayos, que olvidé mi pariente y salí de la casa muy sorprendido de haberme atrevido á entrar.

Jamás había intentado volver, y perdí la esperanza de encontrar por este lado un útil apoyo. Me hallé, pues, todavia entregado á mis propios esfuerzos por unico recurso, y no contando mas que con la casualidad para tener enfermos. Es verdad que en esta época fui una vez ó dos llamado en casos extremadamente apurados; pero encontraba que los enfermos habían sucumbido antes de mi llegada sin el auxilio de mis visi-

tas, y la manera con que se me ofrecia mi paga, indicaba bien que se me consideraba como un vil mercenario al admitir mis honorarios, y me veía obligado á rehusar la guinea que me hubiera bastado para vivir una semana feliz. Algunas veces se me hacia llamar para criados, conserjes ó miembros subalternos de las casas grandes, y de todas las mortificaciones, á las cuales está sujeto un médico jóven, no es esta de las menos penosas. Vais á casa del enfermo, en una casa mas ó menos suntuosa, y se os previene que vais á entrar por la puerta cochera y por el patio.

Creo que en esta época fui llamado á toda prisa en casa del jóven Sir Charles F... que vivia cerca de Mayfair. Lisonjeado con la perspectiva de asegurarme un cliente tan distinguido, corrí á su casa, dispuesto á hacer de manera que quedase contento de mí. Al entrar en el salon, encontré al jóven baron envuelto en una bata de seda carmesí, complacientemente tendido sobre un sofá y saboreando una taza de té. Detúvose un instante para toser y examinarme, y despues me invitó para que viese la pata de un perro de caza que estaba inflamada. Arrojé por toda respuesta al jóven fatuo una mirada de cólera, y salí.

Cinco años mas tarde este mismo señor hizo los mas grandes esfuerzos para hacerme perder la confianza de una familia de distincion con la cual estaba emparentado.

Poco tiempo despues sucedió que aun estuve peor; acacéme la desgracia de ser llamado en consulta en un caso grave, con el célebre doctor... Era mi primera consulta, por manera que deseaba salir lo mas airoso posible; empero jamás se me olvidará la insoportable y la ironía de las maneras de mi compañero, ni cierta observacion que se permitió hacer delante de muchas personas entre las cuales habia algunas de nuestra profesion. « Yo os aseguro, doctor... me dijo, que hay realmente alguna diferencia entre apoplejía y epilepsia; al menos eso era en mi tiempo. » Pronunciando estas palabras con un aire de desdenosa conmiseracion, miraba la señora de cuyo marido nos ocupábamos. ¿Tengo necesidad de decir que se guardó muy bien despues de mandarme llamar? Tuve un rato de malestar pensando que estaba en las atribuciones de semejante hombre el retirar, como vulgarmente se dice, el pan de la boca de un pobre y necesitado compañero; pero ¿qué hacer? Por otra parte, tengo una verdadera dicha en decir que entonces los médicos en sus consultas eran mejores compañeros que ahora, y mas aun hacia aquellos que nuevos en la carrera pueden tener menos autoridad y crédito hacia sus clientes.

Algunas mortificaciones de este género agriaron mi carácter, y sin la inalterable dulzura y cuidado de Emilia mi existencia me hubiera sido insuportable. Yo no estaba mas adelantado que el primer dia; nada me salia bien; mi pérdida me parecia irremediable. Los recursos disminuían rápidamente, porque mis gastos, á pesar de ser moderados, no me daban ningun producto. Morir de hambre ó gemir en una prision, tal era la suerte que me parecia estarme reservada.

Desesperado de mejoría, me decidí un dia á insertar en un diario el anuncio siguiente: « Un miembro graduado en la universidad de Cambridge, pudiendo disponer de una parte de su tiempo, desea dar lecciones particulares de lenguas antiguas á los jóvenes que se preparan para el colegio ó á otras personas. »

Despues de una semana de espera, recibí una invitacion, ¡una sola! Era la de un jóven que ocupaba un empleo subalterno en la administracion, y que vivia en Pimlico. Me ofreció dos guineas por mes, en su casa, dos horas de leccion por la tarde, los lunes, miércoles y viernes. Me ví obligado á esto. ¡Si! á esto, ¡á qué condiciones un hombre bien educado, miembro de una universidad inglesa, debía consagrar su tiempo y sus penas, á un escribiente ignorante, y en esforzarse de hacer entrar en la mas exigua cabeza algunas nociones de gramática! Mis lecciones duraron un mes, al fin del cual me dijo un dia con un aire de importancia, que teniendo adquirido un conocimiento práctico de los clásicos antiguos, me daba las gracias por mis atenciones. ¡Triple necio! No había llegado en latin á distinguir un verbo neutro de un verbo activo; y en griego ¡qué estupididad! estábamos aun en la primera declinacion, y me despedía. Dejando un discípulo por la última vez de tan bellas esperanzas, me sentí presa de dolores tan amargos como inútiles. ¿Por qué no había entrado en la carrera de las armas ó partido para la América? ¿Por qué no había yo tomado en el comercio algun empleo? ¿Cuántas veces maldije la ambicion que me había atraído á Londres, y la orgullosa confianza que me había hecho creer en el logro porque me juzgaba con talento! ¿Por qué no había permanecido en una esfera mas humilde? Yo no hubiera gastado las tres mil libras que me costaban tan caras, sin tener al menos la esperanza fundada de su reembolso un dia, y de procurarme por mi trabajo una modesta existencia. Mas todos estos buenos pensamientos vienen ordinariamente cuando es demasiado tarde, y no sirven jamás sino para hacer la existencia mas amarga y el pesar de no haberlo hecho.

Una miserable suma de 300 libras esterlinas, hé aqui todo lo que me quedaba del dinero que me había prestado el judío, y tenia que pagar dentro de quince dias á mi casero y un semestre de intereses de 225 libras. Además, ya debía algunas cantidades á mis habituales proveedores, que me apremiaban incansables. Mi mujer estaba en los últimos meses de su embarazo, y mi salud declinaba bajo el peso y la doble influencia del dolor y de las privaciones; pero ¿qué hacer?

Sobrecogíome una desesperación profunda que se apoderó de mis facultades al considerar que la fortuna había cerrado todas sus puertas para mí. Desde entonces huyó el reposo de mi alma; solo dormía una, dos horas por la noche, pero tan inquieto, tan dasasosegado que me despertaba al rayar el alba mas muerto que vivo; permanecía tosiendo en la cama, revolviéndome de un lado á otro, meditando proyectos ó concibiendo quimeras que á fuerza de fijarse en mi imaginación alcanzaban el aspecto de realidades; pero ninguna de ellas resistía el ardiente rayo del sol que las disipaba como á las sombras de la noche. Me vino en mientes establecer un periódico de medicina y escribir acerca de las enfermedades del pulmón — materia que me era sumamente familiar — anunciándome á mis colegas como un mero practicante; pero ¿cómo encontrar el dinero suficiente para dar cima á la empresa? Yo contaba con 300 libras y tenía que pagar anualmente á mi viejo acreedor 450; este era el simple hecho sin que diera lugar á engañosas ilusiones.

A pesar de la situación precaria que sobrecargaba mi existencia, jamás cruzó por mi mente la idea del suicidio, y si por acaso el demonio pretendía atacar con sus malévolas artes la parte vulnerable de mi corazón, un sentimiento fuerte y lleno de confianza en el poder y la bondad del Supremo Hacedor ahuyentaba al maligno combatiente. Por mas que contemplaba á mis pies el abismo de mi ruina, no dejaba de halagar una débil esperanza, confiado en que algun suceso imprevisto cambiara el torcido rumbo de la nave de mi fortuna, y este pensamiento suavizaba por un momento mis acerbos dolores y me hacia olvidar las desgracias que me amagaban.

Recuerdo que hallándome un dia por la mañana sentado en un banco del parque de San James, me sentí débil, desfallecido y como nunca desanimado. Aquel mismo dia habia pagado un crédito de mi tendero importante diez libras, cuyo individuo tuvo el descaro de manifestar á mi criado que á causa de lo penoso que le era el cobro de sus géneros, se veía en la necesidad de no contarme para en adelante en el número de sus parroquianos. El pensamiento de que mi crédito era sospechoso entre mis vecinos me fué insostenible; la ruina y la desgracia se adelantaban, pues, á pasos agigantados; al encontrarme sin acreedores, me veria llamado poco ménos que estafador y segregado como una vívora de los lugares de la sociedad. Aunque terribles estos pensamientos no me ponían en el último extremo de la desesperación; cruzé los brazos sobre mi pecho con silenciosa apatía, deseando únicamente que cualquiera que fuere mi destino se mostrara de un golpe ante mis ojos.

Mientras de este modo meditaba, pasó cerca de mí un brillante regimiento de soldados, precedidos por su banda que lanzaba al viento sus alegres sonidos, llevando una conmovedora extraña á las doloridas fibras de mi corazón. ¡Cuántos rostros brillando de contento se buscaban felices y regocijados sin parar mientes en el malaventurado que se hallaba junto á ellos! No pude contener las lágrimas que asomaban en mis párpados, y lloré como un niño pensando en la ternura y en el interés de la pobre Emilia, al par que en mi triste y miserable situación. No pude soportar la idea de volver á cada paso para encontrarme con las dulces miradas, la santa y generosa resignación de aquel ángel digno de mejor suerte. ¿Porqué me habia casado con ella sin pensar maduramente en las obligaciones matrimoniales? A pesar de lo bien que conocia su pasión por mí ¿quién duda que en algun momento pensaria en los tiempos de mis galanteos y las prosperidades que, contando con mi profesión, la ofrecí para cuando nos estableciéramos en Londres? ¿Qué se habian hecho de aquellas doradas ilusiones que en mi candidez de niño habia formado para lo porvenir? ¿No podia suceder muy bien que el contraste que ahora experimentaba y el que desgraciadamente experimentarí después, la hicieran entibiar el afecto que me profesaba y la inspiraran sentimientos de aversión ó de disgusto? ¿Y si todo esto llegaba un dia á suceder, tendría derecho á quejarme de ella? Tales reflexiones me preocupaban cuando se aproximó un caballero anciano, evidentemente enfermo, eligió pausadamente un sitio en el banco donde yo me hallaba y se sentó á mi lado. Parecia un hombre de consideración, pues su criado, en cuyos brazos se habia sostenido y que al presente permanecía respetuosamente de pie detrás del banco, vestía una elegante librea. El anciano se hallaba atacado de una tos asmática y además sufría otra grave enfermedad que no es necesario nombrarla. Me miró una ó dos veces con un aire bondadoso como indicándome que no le desagradaría que le dirigiera la palabra; hicele así diciéndole:

— Me parece, caballero, que esa tos os ha de molestar bastante.

— Es verdad, murmuró débilmente, y no sé cómo librarme de ella; como Vd. ve me encuentro ya muy viejo, y creo que la muerte me será ménos penosa que mis dolencias.

Después de una ligera pausa me aventuré á preguntarle cuánto tiempo hacia que se hallaba hostigado de la tos; me contestó que diez años, poco mas ó ménos, pero que últimamente se habia acrecentado tanto que ningún medicamento le procuraba consuelo.

— Creo, caballero, dije, que los síntomas mas violentos de ese mal podrian mitigarse, y enseguida le pregunté minuciosamente, informándome del origen y de los progresos del mal que le affigia.

El anciano contestó á todas mis preguntas con amabilidad, y conforme adelantaba en sus informaciones parecia poseido de cierto interés y curiosidad. No nece-

sité saber mas para comprender que el buen caballero no habia estado en manos de un hábil médico, y desde luego le aconsejé medios muy pocos y sencillos que le aliviaran, al ménos de los síntomas mas violentos. Comprendió, por último, que yo era de la facultad de medicina, y después de una ligera vacilación me alargó una guinea, la cual rehusé pronta y decididamente, que solo su salud era lo que me interesaba. En aquel momento se acercó un jóven de distinguido continente, y le dijo que el carruaje estaba esperando en la esquina del patio. Este caballero, que parecia ser hijo ó sobrino del anciano, me dirigió una mirada de desconfianza que no se mitigó á pesar de manifestarle el anciano que yo le habia dado un excelente remedio sin haber querido aceptar nada en pago.

— Estamos reconocidos á Vd., caballero, pero nos preparamos para ir á casa del médico, dijo el jóven con altanería, y enlazando con el suyo el brazo del anciano, se marcharon pausadamente. Los criados dieron varias veces al jóven el nombre de señor Wiltan ó William, pues no lo retuve bien en la memoria, pero no me quedó la menor duda de que habia estado hablando á una persona distinguida. ¡Cuántos existirán, pensé, que con una insinuación ménos plausible que la mia, se habrán captado la confianza de ese caballero y habrán llegado á ser su médico de casa! ¡Necio de mí que no le entregué una tarjeta cuando me ofreció la recompensa, y de este modo hubiera tenido mil probabilidades de que al dia siguiente me buscaran para pagarme una visita luterativa! Maldije mil veces mi desconfianza, el orgullo de mi profesion, y la incapacidad que me sobrecogia cuando la fortuna se me presentaba por una rara circunstancia.

He nacido mas bien para la trapa, exclamé, que para los negocios del mundo, merezco mi mala suerte y esta nueva desgracia, como natural consecuencia de la *mauvaise honte* que á tantos compromete. Observé que el dia avanzaba, y dejando mi asiento enderecé mis tardos pasos á mi pobre casa.

Como acontecia generalmente, encontré á Emilia ocupada en pintar pantallas de chimenea y otras bagatelas de adorno, que, después de concluidas tenia la costumbre de llevar á una especie de bazar ambulante de la calle de Oxford, donde no tenia yo ningún conocido, y percibía el bello y delicado producto del trabajo de mi pobre mujer, siempre de ménos valor de lo que justamente se merecia.

¿Qué hombre por falta de sentimientos que se halle puede contemplar sin amargura una mujer jóven, y adelantada en su situación interesante, en un estado crítico de salud, que requiere aire, ejercicio y alegre compañía, trabajando, como ya he dicho, desde por la mañana hasta la noche, sin mas resultado que una miserable y exigua remuneración?

Sin embargo, ella sufría nuestros infortunios con un valor heróico y una resignación que yo no esperaba, tanto que su alegre continente y su apasionada ternura por mí irradiaban como rayos de un sol brillante sobre el oscuro horizonte del porvenir. Pero el terrible problema se ofrecia incesantemente á nuestra memoria: ¿qué va á ser de nosotros? No puedo decir que nos halláramos en una necesidad absoluta, aunque nuestra frugal comida difícilmente merecia el nombre de alimento, teniendo en cuenta lo que el especial estado de mi mujer requeria; solo la falta de recursos que adivinábamos en perspectiva, era lo que nos sumía en esclavitud perpetua. Con infinitos esfuerzos podríamos atravesar cierto período hasta el pago al viejo L., de la media anualidad, y después necesitábamos un milagro que nos salvara. Si yo hubiera sido libre y solo en el mundo, hubiera luchado con situaciones mas difíciles, me hubiera acomodado á otras circunstancias y limitado con fortaleza á las privaciones mas extremas; pero mi dulce, amante y cariñosa Emilia! ¡Ay! mi corazón se desgarraba al pensar en ella.

Por no dejar de tocar toda clase de resortes, un dia que leí un aviso dirigido á «los médicos» recurrí á un practicante general para que me ocupara en una plaza, aunque no tenia yo mucha habilidad en la parte práctica de la composición de los medicamentos. Me avisté, pues, personalmente con el avisador, un hombre vulgar, grueso y coloradote que habia conseguido ganar una gran clientela, Dios sabe por qué medios. Sus términos al hablarme, por cierto con unas maneras harto groseras, fueron: doy á Vd. 80 libras al año, comer y dormir fuera de casa, y todo el dia empleado en mi servicio.

Aunque era por demás vejatoria esta obligación, pensé que podria aceptarla si me se daban 100 libras al año, y en tal idea le dije que era casado.

— ¡Casado! exclamó el hombre mofletudo con una carcajada: no, no, caballero, Vd. perdona, no es Vd. el que ha de comerse mi dinero; con que «buenos dias.»

De este modo salian burladas mis esperanzas á cada tentativa que practicaba para sacar recursos de mi profesion; con ella gané unas 40 libras por año, unas 25 por diferentes trabajos en periódicos de la facultad y una suma equivalente debida al pincel de mi esposa. Hé aquí los fondos con que contaba para pagar el enorme interés que adeudaba por media anualidad al viejo L.... para aliviar mi renta, para atender á gastos domésticos, etc. ¿No debia desesperarme? Sí, y únicamente la bondad de Dios me preservó de la terrible desgracia que ha puesto un prematuro fin en parecidas circunstancias á las miserias terrenales.

(Se concluirá.)

La caza del cocodrilo.

(Fragmento inédito de un viaje á la Florida.)

Durante nuestra residencia en Móvila, el señor Hernandez, uno de los comerciantes y hacendados mas ricos del país, nos convidó á visitar sus posesiones del Oeste situadas á la orilla del Misisipi á unas setenta millas de la embocadura del rio. El territorio que atravesamos es de una fertilidad admirable. El campo se halla cubierto por todas partes de sembrados de arroz interrumpidos de distancia en distancia por un trozo de monte. Algunas de las producciones principales de la Georgia y de la Carolina del Sur, sobre todo el tabaco, el añil y el algodón, forman un ramo muy importante de la industria de los distritos del Oeste. Al cabo de dos dias de marcha llegamos á las haciendas del Sr. Hernandez que aprovechó los recursos de una crecida fortuna, de una hermosa vivienda y de un país pintoresco, para procurarnos todas las diversiones que pensaba podrian agrandar á unos extranjeros acostumbrados á la vida activa. Los primeros dias los ocupamos en hacer excursiones con la escopeta al hombro; pero la estación se hallaba ya demasiado adelantada para que pudiésemos entregarnos con placer al ejercicio continuado de la caza; el calor nos hizo pues, renunciar á ese recreo, á ménos de darle un atractivo y un interés de un género nuevo y excepcional.

— Una idea me ocurre, dijo el Sr. Hernandez; voy á proponeros un género de caza que no se conoce mucho en Europa y que pienso reunirá las condiciones especiales que buscamos. La proximidad del gran rio trae á estos lugares una gran cantidad de caimanes; nuestros negros les hacen una guerra cruel, y sin embargo, la especie es siempre muy abundante. Así con vuestro beneplácito iremos mañana hácia las lagunas y puedo prometernos un dia bien empleado.

Aceptamos gustosos la proposición del Sr. Hernandez, que dió sus órdenes para los preparativos de la caza.

A la otra mañana muy temprano montamos á caballo y seguidos de cuatro negros nos dirigimos hácia el Oeste. A las ocho estábamos sobre las orillas del Misisipi en un sitio que conservaba las señales de una inundación reciente. Las partes bajas estaban cubiertas de charcos: habia árboles medio arrancados cubiertos de cieno y toda la llanura estaba transformada en un pantano. Nos llevaron á una cuéctilla donde pudimos descansar y tomar nuestras disposiciones. Uno de los negros que parecia muy ejercitado en las prácticas de la caza del caiman fué encargado de todos los preparativos. Se alejó con sus compañeros y esperamos á que nos anunciaran que todo estaba pronto. Largo rato les vimos marchar en la dirección del Norte al lado del rio examinando con detenimiento la situación de los lugares. En breve los perdimos de vista.

— No hay cuidado, nos dijo el Sr. Hernandez; Domingo es el mejor cazador de caimanes que hay en la Florida; tendremos una caza animada y bien dirigida.

Y enseguida nos contó las hazañas de su negro que sacaba un bonito producto de sus cazas por la venta de la piel y la grasa de los animales que morían á sus manos. Dotado de mucha sangre fria, Domingo habia atacado muchas veces al caiman frente á frente, armado solo con un venablo y siempre habia logrado sus fines. Su audacia en estas cazas peligrosas le habia dado una gran reputación en las márgenes orientales del Misisipi donde le conocian con el nombre de *Cazador de caimanes*.

Después de esperar una hora distinguimos un negro que volvia para avisarnos que Domingo habia encontrado á dos millas de allí una *querencia*. En breve estuvimos en el sitio designado. Era un pantano seco y cubierto de juncos á la orilla de una laguna bastante grande. Domingo vino á nosotros con el aire de un general que ha dispuesto su plan de batalla y que espera al enemigo con una entera confianza. Nos preguntó como queríamos atacar al animal, si queríamos cazarle ó pescarle. Como ambos ejercicios eran para nosotros de un género nuevo, respondimos que probaríamos un poco de cada uno. Domingo nos llevó entonces á la orilla de la laguna y señalándonos unas bolas de madera que flotaban sobre el agua, nos dijo:

— El cebo está puesto, no tardarán mucho en venir.

El cebo consistía en unos pedazos de carne atados á unas bolas de madera, que sostenía allí un cordel con una piedra gruesa en su extremidad. Los cebos se hallaban colocados de distancia en distancia. El negro sacó de un morral un garabato de hierro con cuatro puntas atado á un cordel, le puso el cebo y le lanzó hácia una de las brechas de la laguna por el lado del rio, en tanto que la punta de la cuerda quedaba sostenida en una estaca.

Se pasó un buen rato sin que ocurriera nada; Domingo estaba impaciente, y nos dijo que nos ocultáramos detrás de unos juncos mientras él se tendía en el suelo. Al cabo de algunos instantes como esta maniobra no producía ningún efecto útil, mandó á uno de sus compañeros que fuera á tirar algunos escopetazos á cierta distancia, prometiéndose que con el ruido la presa vendria hácia nuestro lado. La estratagema tuvo buen éxito; pronto descubrimos unos cinco ó seis caimanes que subían la corriente y que venian á caer en el lazo. De repente Domingo que sentia morder el anzuelo nos advirtió con un grito de júbilo que el animal estaba cogido. Corrimos á él para ayudarle á traer al animal á la orilla; esta era la operación mas difícil y mas peligrosa. Opinamos que una vez en tierra el animal le acabariamos con un balazo. Pero al oír esta proposición los ojos de Domingo se encendieron; parecia un leon que ve que su presa se le escapa:

— No, no, dijo, yo me encargo de matarle con menos ruido.

Cuando el caiman estuvo en tierra, el negro tomó de su cinturón un machete y se fué derecho al enemigo que furioso por el dolor soplabá fuertemente. Su cola que emplea como un arma tan temible se agitaba y pegaba contra sus flancos con estrépito. Presenciábamos una escena espantosa, y sin embargo el rostro de Domingo no manifestaba ninguna emoción. Mientras sus compañeros manejaban la cuerda para hacer que penetraran mas las puntas del anzuelo, el negro se coloca enfrente del animal que hace importantes esfuerzos con la boca; pero Domingo no hacia tanto caso de los dientes agudos del anfibio como de su formidable apéndice que de un solo golpe podía romperle un miembro y dejarle fuera de combate. Así le veíamos espiar los movimientos, calcular los instantes, y cuando lo creyó oportuno sacude un terrible golpe con un machete que rompe una de las patas anteriores del animal, y se retira como

burlándose del furor de su enemigo. Domingo pasa enseguida al otro lado y mediante la misma maniobra logra romper la pata delantera. Una expresión indefinible de alegría salvaje se pintó en el rostro del negro al ver la cabeza del animal vencido por el dolor que se recostaba en el suelo. Recogió su aliento en un postrer esfuerzo, elevó el machete sobre su cabeza y le dió en la frente tal golpe, que el caiman no volvió á dar ninguna señal de vida.

No pudimos menos de felicitar á Domingo por su audacia y la destreza, y él recibió con placer nuestras lisonjas. Por mi parte, la lucha que acababa de presenciarme habia quitado la afición á lo que Domingo llamaba la pesca del caiman, aun empleando la pólvora como yo propuse. Opiné pues, que la diversion debía continuar á guisa de caza y Domingo contestó que nada era mas fácil. Nos dijo que nos metiéramos en una barquilla amarrada allí cerca que servia para llevar á los viajeros á bordo de los vapores.

La embarcacion nos llevaba hácia arriba con rapidez, cuando distinguimos á la orilla de un bosque que toca al rio una porcion de caimanes en la tierra que al vernos se sumergieron en el agua. Les enviamos una descarga y matamos uno; otro quedó herido. Continuamos subiendo pero por allí habia pocos caimanes porque las márgenes del rio son bastante elevadas. Los veíamos á lo lejos saltando, pero no se hallaban á la distancia conveniente. Por último llegamos á un sitio abierto donde era fácil desembarcar, y Domingo quiso que así lo hicieramos asegurándonos que la caza á pié era mas divertida. Echamos á tierra y el negro nos dijo que nos alejaramos un poco hasta que viniesen los caimanes á enjugarse en los juncos, como lo tienen de costumbre. Nos ocultamos como cazadores en acecho; pero la caza se hacia esperar y ya comenzábamos á cansarnos cuando Domingo nos anunció una banda innumerable de nuestros anfibios.

Con efecto, un cuarto de hora despues los primeros



— La caza de caimanes.

de la cuadrilla se metieron entre los juncos para limpiarse del cieno que los manchaba, y que de lejos apenas permitia distinguirlos sobre la tierra. Contamos diez, luego veinte, y su número aumentó de tal modo que ya no pudimos contarlos. Erámos tres tiradores emboscados, pues los negros no tenían escopetas, y nos hallábamos separados de ellos por una distancia de mas de treinta pasos. Los tres tiros salieron casi simultáneamente. Domingo nos habia recomendado que apuntáramos á los oídos, pero mi bala pegó oblicuamente y no hizo mas que rozar los flancos escamosos del animal. Mi amigo no pudo descubrir ninguna señal de la suya. El Sr. Hernandez por el contrario mató su víctima. Curioso fué el efecto que produjo en la banda aquella triple detonacion. Los reptiles emprendieron una fuga precipitada alzando y bajando alternativamente sus cabezas angulosas con un ruido de mandíbulas formidable. Hicimos otra descarga sobre la masa; un segundo caiman murió y otros dos quedaron heridos y no pudieron seguir á sus compañeros sino de lejos.

Al ver que toda la banda se sumergia en el agua y se abandonaba á la corriente del rio, pensé que nuestra expedicion estaba concluida. Sin embargo, el señor Her-

nandez nos dijo que cargáramos de prisa porque iban á hacer una batida en los juncos donde habian debido quedarse escondidos algunos caimanes. Domingo armado con un garrote se disponia á meterse ya en los juncos, cuando mi amigo, un poco cansado ya de la caza, le suplicó que tomara su escopeta, lo que Domingo aceptó con transporte de alegría.

— Seguidme, señores, dijo el negro; uno tirará á la izquierda y otro á la derecha.

Despues de habernos concertado sobre este punto con el señor Hernandez, nos adelantamos por entre los juncos siguiendo los sitios claros. Domingo que marchaba á la cabeza á unos veinte pasos, iba tan sereno como un hombre que se pasea. De repente se detuvo y se echó la escopeta á la cara por un movimiento tan rápido como el pensamiento: encontrábase frente á frente á media docena de varas de un enorme caiman cuya boca abierta dejaba á descubierto dos hileras de dientes agudos que asustaban. Sale el tiro y el monstruo cae á los piés del negro dando un resoplido que manifiesta el esfuerzo supremo de su rabia expirante. Domingo le habia metido por la boca una bala que penetró profundamente.

Despues de esta nueva hazaña de nuestro negro continuamos la persecucion, pero contra la esperanza de Domingo la desercion habia sido completa; solo hallamos en una cavidad dos caimanes jóvenes que sin duda habian caído allí por acaso y que no habian podido levantarse. El señor Hernandez mató al uno y yo al otro.

La caza nos pareció entónces terminada, pero el implacable Domingo hizo esfuerzos inauditos para que no saliéramos de allí.

— Es imposible, nos decia, que la madre no venga á buscar á los pequeñuelos que habeis muerto...; una madre furiosa!... Ya conocéis que la diversion no será mala.

Sin embargo, no pudimos determinarnos á prolongar mas nuestra caza. El dia se iba pasando y juzgamos que era tiempo de volver á la habitacion. Domingo y dos de los negros se quedaron allí para despojar la presa al otro dia y recoger la grasa. Al separarnos nos suplicó que le dejáramos una escopeta y municiones para la seguridad de los trabajadores. No volvió á la hacienda sino diez dias despues y nos confesó que habia tomado gusto á la caza y que habia matado en totalidad veintisiete caimanes.

A. B.